

el Tejeje

Nº 2 Distribución gratuita
Mayo de 2008
Primer periódico
travesti latinoamericano

MEGA LOCA

Entrevista a Fernando Peña como La Mega



HACIA UNA LEY DE IDENTIDAD DE GÉNERO
Nos condiciona a estereotipos de hombre y mujer.

HEBE DE BONAFINI:
“No le lloro al enemigo”.

CRIMEN DE ODIO:
Nadie escuchó gritar a Naty.



STAFF

Director del Centro Cultural R. R. Rojas: José Miguel Onaindia
Coordinadora General de Cultura adjunta: Cecilia Vázquez
Directora: Marlene Wayar
Clínica periodística y edición general: María Moreno
Equipo de redacción: Naty Menstrual, Diana Sacayán, Taddeo C.C., Lohana Berkins, Mauro Cabral, Norma Internetrava, Daniela Vizgarra, Mina Aymará Quechua Choque (Diamante), Kathya Romero, Andrea Cepeda y Julia Amore.
Coordinación general: Mariana Ron
Coordinación de Contenido: Paula Viturro
Arte y diseño: Ezequiel Black
Historieta: Naty Menstrual
Correctora: María Eugenia Miranda
Correctora de cierre: Alejandra Dandan
Fotografía: Marieta Vazquez (nota de tapa), Zula Lucero y Moisés Torne.
Producción Gráfica: Ezequiel Moraña

AGRADECIMIENTOS

A quienes fueron modelos Alaska, Jessica, Paloma, Geraldine y Karen; a Moisés Torne, Ernesto Doregana, Marieta Vázquez, Zula, Katya Romero, Andrea Cepeda, Lydia Blanco, Paula Simkin, Cecilia Vázquez, Teatro Margarita Xirgu, Máximo Jacoby, Josefina Fernández, Patricia López, Pablo Ruchansky y a todas las personas que trabajan en el Centro Cultural por la calidez al recibirnos; a Lucía Dollera y Gloria Idelsohn por las desgrabaciones y en especial a la Cooperativa de Trabajo Nadia Echazú y ASTRAEA Foundation.

SUMARIO

TRAVESURAS, pág. 4

REPORTAJE: HEBE DE BONAFINI te propone que ojalá siempre seas rebelde, pág. 6

SALUD: Para que no te hagas pelota la salud, Norma Internetrava te cuenta todo lo que tenés que saber (y evitar) en el trajinado camino a la feminización, pág. 8

REPORTAJE A LA MEGA que se libera de **FERNANDO PEÑA** y se ríe exagerada, se arregla el pelo, el flequillo, tira besos al espejo y guiña un ojo, mientras habla de desdoblarse, de ser muchos, de ser cientos, de ser todos los que puedan seguir emergiendo con loca energía de sus vísceras perversas, pág. 10

ARTE Y ESPECTÁCULOS: En un recorrido por los escenarios de Buenos Aires, *La Irredenta*, *Fetiche* y *Cabaret* nos permitieron pensar qué hacen de nosotras cuando hacen de nosotras. Además, Mina en escena a punto de entrar en escena, pág. 13

LEGALES: El Congreso elabora la Ley de identidad de género. Aunque se plantea como un avance en términos de ciudadanía, la identidad de género no aparece como un derecho a secas sino como un gesto benevolente y condicionado del Estado, pág. 14

¿NADIE OYÓ GRITAR A NATY?, pág. 15

CUÉNTAME TU VIDA: Tres historias tan reales como la tuya, pág. 16

Era el IV Congreso Cubano de Educación, orientación y terapia sexual. Taddeo C.C. fue, se bebió mojito tras mojito, bailó conga e hizo la crónica en medio de la transformación cubana. pag 18

UNO, DOS: por Mauro Cabral, pág. 19

Danza de tacos y veredas, instantáneas en las calles de Constitución, pág. 20



Astraea Lesbian Foundation For Justice

UBA  **R Rojas**

Para que te acuerdes de que El Teje se acuerda de vos. Para que envíes tus mensajes, cuentes tus historias, despejes tus dudas.
Agendate la dirección: tegenerorojas@rec.uba.ar

!!! Gracias!!! !!! Muchas Gracias!!!

Para esta segunda editorial de El Teje, sólo conseguimos encontrar el agradecimiento y su manifestación más convencional.

Nada es comparable a ese sentimiento que nos conmueve todo el ser al punto del llanto epiléptico; ha sido inconmensurable la respuesta que tuvimos, seguimos teniendo, y que ya nos manifestaban incluso antes del lanzamiento del primer número. Y ha sido caótico, se disparó en mil direcciones y desde cada una de ellas vinieron las respuestas.

Gracias al Centro Cultural Ricardo Rojas y al personal directa e indirectamente involucrado; ha sido la primera institución que nos ha confiado la gestión de un proyecto.

Gracias a las/os compañeras/os de ruta en la militancia y el campo social por el cariño manifestado.

El aplauso de pie a la propuesta escénica de la presentación de El Teje fue demostración de ese cariño, con la histórica sala Batato Barea avasallada y mucha gente amiga sin poder ingresar porque se colmó cada rincón del Centro Cultural (ver aparte).

Gracias a Laura y Kike, por permitirnos que, a través de un video, se escuchara la potente voz de dos travas, Andrea Cepeda y Ana Cucillo, y de una travita adolescente, Brenda. Ellas fueron haciéndose palabra escrita en ese primer número de El Teje, historiándose, a ellas y a toda la comunidad, desde la memoria infante en la que se acordaban de sus mamás totémicas, perennes a pesar del resentimiento que se les había impuesto de formas diversas: policía, crímenes de odio, prostitución, sida, olvido. A pesar de tanto vínculo roto, era inquebrantable su resistencia hasta la hora de devenir ellas mismas mamás, como lo hacen siempre que aparecen nuevas niñas que

—como Brenda— piensan que si hasta el momento han tenido suerte, ya se les va a acabar.

Julián Gorodischer nos colocó en “medio” de Página/12; Sole Vallejos en Las/12; Diego Rojas, en la revista Veintitrés, y Patricia Kolesnicov y Diego Erlan, en Ñ, desencadenando el primer aluvión de saludos y felicitaciones de gente que nos conocía de otras circunstancias. ¿Cómo agradecerles a todos/as?

Es imposible contabilizar tanta repercusión: nos escucharon en la radio de Las Madres, en La Tribu, la Rock and Pop, la radio de la UBA, radio Sónica. Hubo dos necios que no entendieron nada, un oyente y un profesional de los medios: Rolando Hangling. Señor: nadie es lo que NO dice ser, menos aún lo que usted dictamina que es, ser putito (como diría La Perlonguer) es una identidad barroca; y todo el que anda en el barro deja huellas y se lleva algo encima, pero no se convierte en barro.

La Mega fue la más relajada. Claro, tenemos códigos en común, y de ella y con ella hablamos en las páginas centrales de este nuevo número de El Teje.

Gracias a *Las locas como tu madre* y Luis Cruz de “Sin Nomenclatura”.

Gracias a Jorge Guinzburg (háganselo saber si lo ven paseando por sets, escenarios, redacciones o estudios radiales del cielo). Sorprendentemente masiva fue la respuesta cuando entramos en el mundo de la señora TV y el caballero de la risa nos sentó frente a sus cámaras, posibilitando que fuéramos vistas. Entonces, las señoras con las que más tarde compartimos el colectivo de la Línea 86 de la Ciudad Autónoma de Laferrere nos dijeron: “¡¡¡Las vi con Guinzburg!!!”. Caminando por Warnes y Juan B. Justo, una pareji-

ta en moto se detuvo para decirnos algo similar y desearnos mucha suerte.

Gracias a ellos y al doctor de Neuquén que vino con su hija al Rojas y me contó que un puestero de revista le dijo: “Vaya al Rojas, que en los quioscos no está”, y explicó: “Conozco a una chica que cuida a la mamá de una amiga, y se la quiero llevar”.

Pero todo esto es solo la punta de iceberg de un abrazo de oso recibido en diversos planos de nuestra cotidianidad. Carla Antonelli, por ejemplo, la transexual con el sitio web más antiguo del ciberespacio, subió la noticia y de repente llegaron comunicaciones desde todo el planeta queriendo suscribirse a El Teje: de Estados Unidos, Alemania, Noruega, Francia, España, y en su mayoría latinas: colombianas, venezolanas, uruguayas, brasileñas y argentinas, esparcidas por el Primer Mundo, en donde arrebatan divisas a costa de sus cuerpos.

El Teje les agradece, comprometiéndose a romper matrices; pero como no somos las que producimos esas pautas culturales, sólo podemos trabajar visibilizándolas a todas y a cada una, cada vez que decidan mantener orden a costa de tanta sangre y dolor para que las rompamos entre todas/os. Algo en el ánimo general está cambiando; hay hoy una sociedad apostada en el filo del abismo, pero fantaseando con que los esperpentos fundamentalistas que nos han introyectado desde niñas/os, esos que se alojaron en nuestros miedos a ser para someternos con el enemigo desde dentro, se esfumen cuando unas traviesas prendan la luz.

Estamos listas para empujarlos pendiente abajo; no lo agradezcan, es lo menos que podemos hacer por ustedes. Y por nosotras/os.

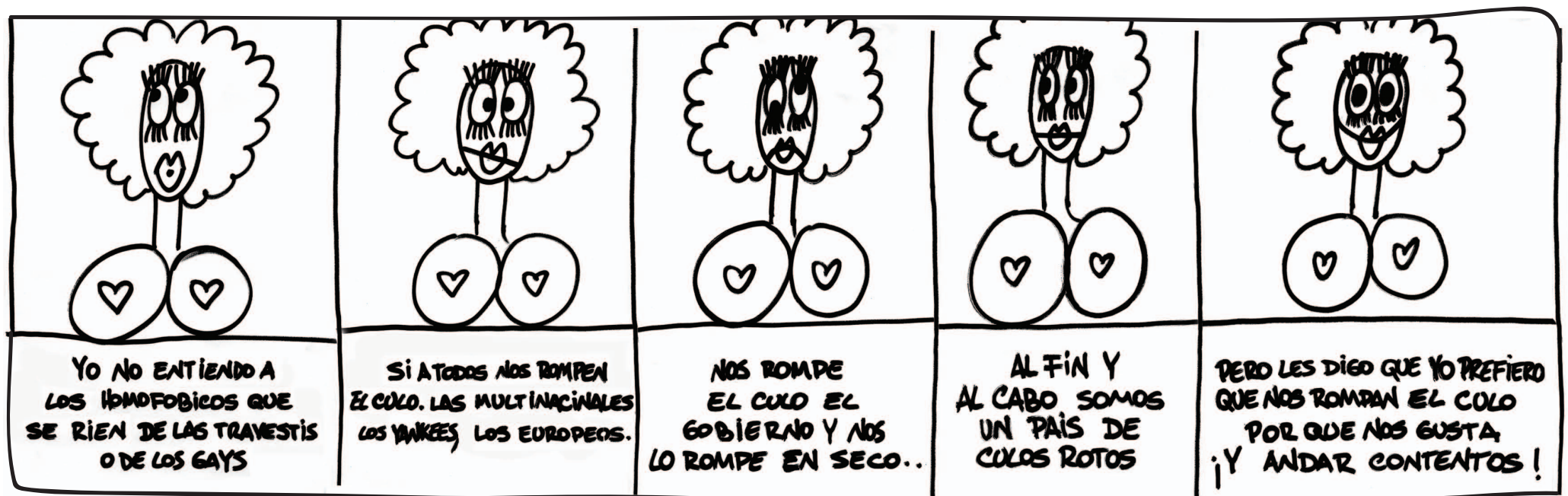
Marlene Wayar

El esplendor revisteril en una noche

Gracias a las compañeras que se sumaron a la propuesta de redacción y a las que aportaron su arte. Una Noy fuera de todo cartabón, genial y con ganas de brillar, fue quien condujo la fiesta. ¡Te queremos querida! Estuvo Naty Menstrual, que se vino con su glamour de cine condicionado, con imagen de diva de los veinte a lo Gloria Swanson y la sexualidad mórbida a flor de piel, igual a las busconas del conurbano bonaerense (una suerte de travestismo trash). Lo más impactante fue su oda a las tetas ¿socialistas?. Julia Amore, atropellada, con un humor que reflexiona sobre la última epidemia que nos asola, la soledad, ante la que reaccionamos con la misma candidez infantil todas, todos los/as que decimos “soy sola”; hizo algunos de sus monólogos —este año estuvo ternada para los premios Estrella de mar. Luego se sintió la inagotable energía de Dominique Sanders y su ruego pícaro: “Beishame”, nos pidió con la nostalgia de los ‘50. Y para cerrar el esplendor revisteril travesti, Julia Lagos apareció amenazando a la platea, como arácnida portadora de veneno mortal, sexo nocturno tejido de encaje, inquietante en la frontera de lo onírico, exigiéndote un placer del que vendrás, y para siempre, otra persona.

Por M.W.





Dime qué tetas tienes y te diré quién eres

Tetas van, tetas vienen... los corpiños se entretienen

A lo largo de mi vida experimentando el travestismo, me he topado con tetas de todo tipo, dándome cuenta de las variadas opciones que existen, además de la teta inicial a la que nos aferramos: la teta madre, la teta alimento, la teta mala, la teta buena, la tettamanti... y quise hacer un racconto para que vean qué maravillosas rarezas podemos encontrar. Acá van algunos ejemplos:

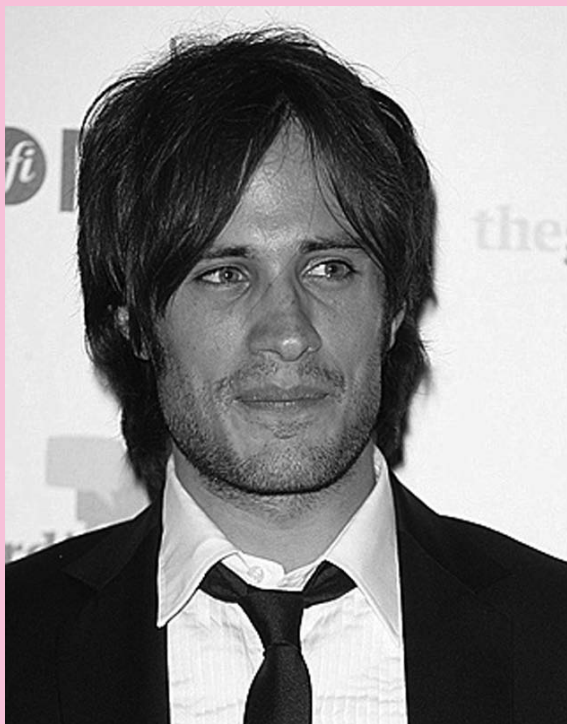
- **La tetas de silicona**, que pueden ser fijas como de piedra, encapsuladas como de cemento, naturales como una gota o enormes como pelotazos.
- **Las tetas de aceite** (y no Cocinero), que puede ser industrial o vegetal, no recomendables por cuestiones de salud ya que son cancerígenas y casi imposibles de lipoaspirar una vez que se meten en el cuerpo.
- **Las tetas de trapo**, donde una elige el tipo de tela con la que quiere hacer el sensual bollo tetoide del gran engaño.
- **Las tetas de globo**, que se llenan de agua tibia para evitar que se pinchen y tengan temperatura similar a la corporal hasta que se te van enfriando.
- **Las tetas en plataforma**, de una que se inyectó aceite y no se cuidó apropiadamente formándosele una masa rectangular uniforme en el medio del pecho, sobre la que se puso dos tetas más, empeorando el efecto.
- **Las tetas de doble media de seda** que resisten cualquier relleno: mijo, alpiste, arena, guata, algodón, goma espuma y puedo estar una hora enumerando y enumerando.
- **Las tetas de harina**, las tetas de arroz o las tetas de polenta que sirven de plato de comida cuando no hay dinero.

Y seguramente descubra muchas más a medida que pase el tiempo. Por lo menos, por ahora ahí me quedo. Chicas, a cuidarse y cuidado con lo que hacemos. Nunca olvidemos que nuestra salud está de por medio. Si es tu ilusión tener tetas, tenelas de la mejor manera. Y si es solo para que las disfruten los tipos, deciles que se las pongan ellos.

por Naty Menstrual

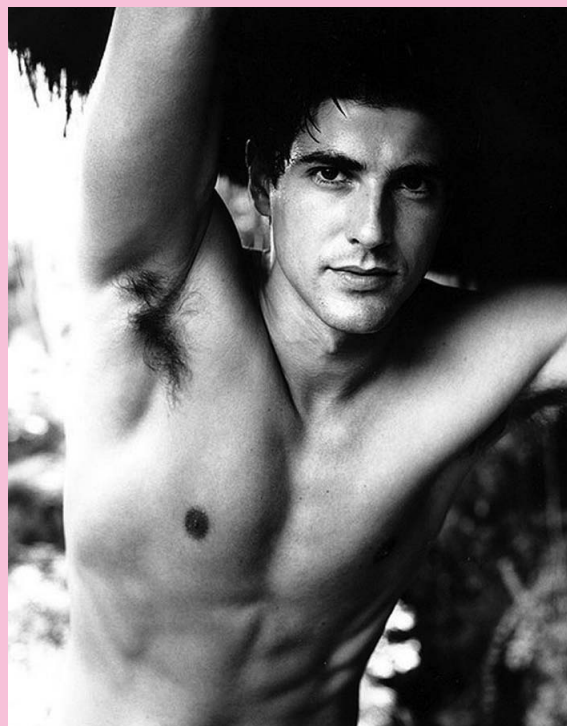


Chongos



DE MEXICO:

Gael Gracia Bernal, comenzó en teatro con sus papis desde muy pequeño, ha hecho televisión y en cine hasta se montó para hacer *La Mala Educación* con Almodovar.



DE BRASIL:

Reynaldo Gianecchini, desde las pasarelas y publicidades de reconocidas marcas, este guapetón ha establecido *Lazos de Familia* con sus espectadoras. Generó *Esperanza* en sus fans con una sonrisa *Belissima* nos propuso ahora *Siete Pecados*.



Y DE ACA:

Joaquin Furriel, desde el teatro, el cine y la televisión, nos ha conquistado con esa mirada dulzona, por mas que haya intentado ser malo en *Montecristo* lo queremos igual y ahora es todo un *Don Juan*.



Al pan, pan y al nombre, nombre

Para nosotras, el nombre elegido nos da un segundo nacimiento en el que ponemos todo nuestro arte de bautismo. Cuando Lohana Berkins trabajaba en la Legislatura como secretaria de Patricio Echegaray, tenía

que imponer nuestro nombre de travas.

En la puerta de admisión de la Legislatura, se pide el documento. "Entonces un día, vino una compañera que se llamaba ponele 'Roldán Pérez y Gauna', apellidos que eran violentamente distintos a los famosos nombres de Liza Milelli o Julia Roberts. Leer el nombre y verla a ella era como casar a Don Segundo Sombra con Marilyn Monroe", cuenta Lohana. "El tipo de la entrada me llamó por teléfono y me dijo: 'Está el señor Fulano de Tal'. Entonces yo bajé y me mandé un *catereteo*, o sea un escándalo de elevadas proporciones. Le empecé a gritar al de la entrada que estaba bien que tuvieran que pedir los documentos, pero que cuando preguntara el nombre respetara la identidad. Entonces a partir de ahí se les toma el documento pero se les dice: 'Su nombre, por favor'. Ellas, que también aprendieron —antes por ahí decían 'Felipe' o 'Rosendo'— ahora dicen Marlene, Mónica, Samantha, o lo que sea. Entonces los de admisión me dicen por ejemplo: 'Está la señorita Samantha para usted'. Les quedó reclaro."



Los babys: feos pero no dolían

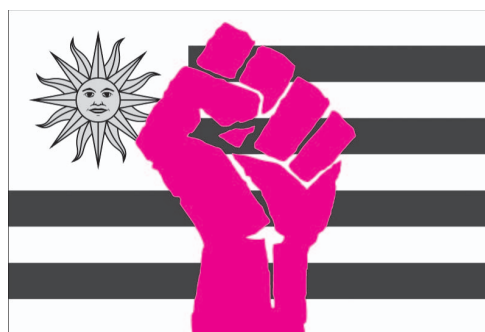
A la luz de un velador, en una casita de Beccar, tengo la pierna extendida sobre la mesa, el pantalón arremangado.

—Bien para un caballo pura sangre pero mal para una trava ¿no?

—No te calentés. Los babys no son sólo para el culo.

Laura, que debutó en la comparsa de *Los ciclones de Torcuato* y ahora trabaja en el Rosedal, me palpa la pantorrilla de palito de tambor y larga la receta:

—Te hacés tres planchas de goma espuma distinto tamaño y forma. Una más grande, otra más chica, otra todavía más y así seguís, para dar volumen. La curva la sacás quemando los bordes con una cuchara. Después te ponés una media de lycra que se adhiera al cuerpo, arriba otra color carne, y ya está: de pata de palo a pierna de diva.



¡Honor a ese oriental, carajo!

En el Museo de la Morgue, que ilustra sobre casos policiales, está la réplica de un hombre trans cuyo único delito ha sido llevar las ropas y la vida del sexo opuesto. *Sin nombre* debería ser reclamado como figura emblemática por la comunidad Trans. Su cartelito

reza: "Uruguay, 48 años, casada, empleada". Desde hacía veinticinco años, figuraba como empleado en la repartición Nacional. Un hombre que se caracterizaba por su carácter enérgico. Bebía y jugaba hasta con exceso: había contraído enlace separándose de su esposa al cabo de dos años. En la actualidad, vivía en compañía de una mujer de más o menos cuarenta y cinco, cincuenta años, con la cual dividía los gastos de la vivienda. Una mañana sufrió un síncope en el patio de la casa, falleciendo en el hospital adonde se le había conducido, constatándose su verdadero sexo. En la autopsia se comprobó que la muerte no correspondía a un hecho delictuoso. Obsérvese los senos desfigurados por excesiva compresión a la que fueron sometidos durante tantos años. El útero tiene de interesante su característico aspecto de regresión en relación con la edad, constituyendo un bloque informe que contrasta con otros úteros que se exhiben en este museo y en plena vitalidad. Piezas 30, 31 y 32 "Senos, vulva, ano, útero y anexos". Botín de guerra de la transfobia triunfante, *ese oriental* mereció ser cantado por Borges junto a Juan Muraña.



por Lohana Berkins (Militante de A.L.I.T.T.)

Hebe de Bonafini cuenta la historia que le dio un sentido revolucionario a la palabra “Madres” y habla de sus proyectos, que incluyen a todos y todas en la búsqueda de una vida en donde la justicia no consista meramente en distribuir polenta y consejitos.

Es un viernes bastante acalorado en la ciudad de Buenos Aires. Después de la locura de la inmensa tormenta que presagiaba hacer desaparecer a la ciudad Pro, nos encontramos en la Asociación Madres de Plaza de Mayo para la entrevista con Hebe de Bonafini. Ella, una mujer que se ha convertido en un ícono de la defensa de los derechos humanos, presidenta de la asociación que cuestionó los fundamentos mismos de la sociedad a través de su búsqueda y reclamo de justicia por la desaparición de sus hijos.

Una sociedad que terminó convirtiéndola, a ella y sus compañeras, en madres de muchos hijos e hijas que aún no se quiere ver ni reconocer, y que están marginados y marginadas; travestis, mujeres en situación de prostitución, pacientes del Borda, habitantes de las villas, todos y todas están hoy nucleados/as en torno al proyecto actual de las Madres de Plaza de Mayo.

La cita es a las 15.30 en un departamento que está dentro del edificio donde funciona la librería, el bar y la Universidad de la Fundación Madres de Plaza de Mayo (Hipólito Yrigoyen 1584, frente a Plaza Congreso). Tocamos timbre a la hora convenida y rápidamente somos recibidas cariñosamente por una de las madres, quien inmediatamente nos comienza a mostrar el lugar.

Es un largo pasillo lleno (llenísimo) de vitrinas a ambos lados, en las que se encuentran los regalos que, desde todos los lugares imaginables del mundo, les fueron obsequiando en señal de gratitud y respeto. Hay desde esculturas hasta carteras (por ejemplo, una rectangular de cuero negro reluciente, muy elegante tipo *baguette*, que tiene a su lado una tarjeta que dice: *de Raúl Castro para Hebe*).

Al final del pasillo, hay un salón comedor (con un gran

aparador de madera y todo) donde las madres se reúnen. En ese momento escuchamos la voz potente de Hebe que nos llama, dice que la entrevista será en su oficina (que está en la mitad del pasillo), así que damos la vuelta atrás. Cuando la vemos, nos hace señas con la mano para que pasemos; ella está discutiendo por teléfono. Dice que no les dará una nota a los que llamaron, que no es un medio serio porque al final no publican sus declaraciones sino lo que a ellos se les ocurre, que siempre hacen lo mismo así que “que no insistan”. Mientras, miramos una pared llena (llenísima) de fotografías enmarcadas, en las que aparecen las madres con diferentes líderes mundiales (Evo, Chávez, Correa, Lula, los Castro, el ex presidente Kirchner, la presidenta Cristina...). Hasta que escuchamos a Hebe decir: “Bueno les tengo que cortar, que me están esperando periodistas de un medio que es realmente serio –no como ustedes– y que me van a hacer una entrevista larga, en profundidad”, exclama y corta el teléfono.

“Eran de un diario para que opinara sobre la Pando en la Catedral”, nos informa. Nos sentamos, prendemos nerviosas dos grabadores, por si uno falla, y empezamos. En realidad, empezó ella.

–Seguramente lo has contado muchas veces, pero la idea es que todas las compañeras que leen El Teje empiecen a conocer tu historia y la de las Madres como símbolo de la lucha de los derechos humanos.

–Al principio nosotras no marchábamos. Nos juntábamos temprano en la Plaza de Mayo porque después nos perseguían mucho. Al comienzo nos sentábamos en un banco: allí nos contábamos qué nos pasaba. Azucena decía: “Bueno, si tienen alguna denuncia, tráiganla”. Pero no había nada muy formal. Y así nos fuimos

“Mi marido un día me dijo: “¿Te vas otra vez?”; entonces yo le dije: “Mirá, yo me voy a ir todos los días que sean necesarios; maridos se pueden encontrar en la calle, pero hijos no”.

juntando hasta que fuimos muchas. La primera vez fue el 30 de abril de 1977, y para el mes de junio vino la policía, nos pegó con los palos y nos dijo: “Caminen”. Entonces, nos agarramos del brazo y empezamos a caminar. La policía nos llevó alrededor del monumento a Belgrano. Para la gente que no conoce, el monumento a Belgrano está frente a la Casa de Gobierno, pero nosotras queríamos ganar el centro de la plaza, así que la peleamos bastante hasta que llegamos alrededor de la Pirámide. Marchamos tomadas del brazo de a dos, al revés de las agujas del reloj. Entonces empezamos a ser muy golpeadas y muy perseguidas porque el movimiento, a partir de que había más desaparecidos, crecía. Y al crecer, hacíamos mayor coacción. A fin de año, secuestraron a las tres mejores madres: Azucena, Mary y Ester. Azucena Villafior, que venía de una familia peronista muy combativa; Ester Balestrino de Careaga, que venía huyendo de la dictadura paraguaya; y Mary Ponce, que participaba de las reuniones de los curas tercermundistas en la Iglesia de la Santa Cruz. Y el movimiento –que tenía 200 madres–, se redujo otra vez a un círculo muy pequeño, porque nadie quería ir a la plaza. Pero muchas nos pusimos firmes y dijimos: “Bueno, ahora tenemos más razones porque ahora no sólo tenemos a los hijos desaparecidos, sino a las madres”.

– ¿Qué pasó en la familia de cada una de ustedes cuando supieron que tenían hijos, hijas detenidos desaparecidos?

–Hubo familias que no te miraron más ni vinieron más a tu casa porque pasabas a ser terrorista. Hubo otras que acompañaron. Hubo maridos que se pusieron muy en contra, que no querían que sus esposas fueran a la plaza. Porque fijate que somos una generación donde la mujer lava, plancha, cocina, quiere a sus hijos, ama a su marido y está todo el día mirando novelitas, escuchando la radio y cocinando o tejiendo. Entonces de repente no estar en todo el día, dejar la comida en la heladera para que el marido se la caliente, fue tomado como un abandono de la casa. Y hubo maridos que entendieron enseguida y maridos que no. Mi marido un día me dijo: “¿Te vas otra vez?”; entonces yo le dije: “Mirá, yo me voy a ir todos los días que sean necesarios porque maridos se pueden encontrar en la calle, pero hijos no”. Entonces mi marido me dijo: “No me digas eso, no me digas eso”. “Bueno, te lo tengo que decir por la pregunta tuya. Entonces ayudame,

participé, llevame, traeme, cuidá la nena, atendela". Y así entendió y en mi casa se hicieron las reuniones, todo. Mi marido siempre iba a buscar a todas las madres con el auto, las llevaba de vuelta a su casa. Bueno, participaba de la manera que podía. Pero otras madres todavía hoy tienen que avisar al marido si llegan diez minutos tarde. Yo no les echo toda la culpa a los maridos, a veces las mujeres no dan el portazo que tienen que dar.

—Eso fue al principio. Pero cuando te convertiste en Hebe de Bonafini ¿la postura de tu familia cambió?

—No, no, porque siempre mis posturas fueron muy polémicas y la familia lo que menos quería era entrar en la polémica. Sobre todo la familia de mi madre, que es muy facha. El sobrino de mi mamá —o sea un primo hermano mío—, participó de la patota que secuestró a mi hijo, así que imaginate si voy a pretender que la hermana de mi madre entienda. Ella podía entender que el hijo hiciera lo que hacía y eso dividió a la familia. En cambio, la familia de mi padre siempre se ocupó. No venían, pero me llamaban por teléfono, y a mi casa no se venía porque era una casa marcada. Había una pintada que decía: "Madre terrorista". Y yo nunca la quise tocar porque si era la pintura del enemigo, que el enemigo la saque. ¡Si para el enemigo soy terrorista, quiere decir que estoy en el buen camino!

—Y tu proceso de haber sido una mujer que limpiaba y cocinaba a una mujer que ocupa el espacio público con una voz tan fuerte ¿cómo fue?

—Es como crecer. Vos no te das cuenta, pero te vas comprometiendo cada vez más. Yo entendí mucho a mis hijos y participé en muchas cosas de ellos y entonces ya tenía...

—Como una noción...

—Sí, y eso hizo que fuera creciendo. Me costó mucho leer y reafirmar las convicciones; sigo leyendo. Hace mucha falta reafirmarse en lo que una dice. Bueno, también socializamos la maternidad, nos hicimos madres de todos, reivindicamos la lucha de los hijos, hablamos de la guerrilla, hablamos de la revolución, empezamos a entender la lucha de los compañeros y un montón de otras cosas.

—El otro día en un curso que estábamos dando acá, en la Universidad de las Madres, un curso sobre periodismo y género, una compañera colombiana muy emocionada me comentó que estaba sorprendida con la diversidad. Había travestis, compañeras de AMMAR (Asociación de Meretrices de Argentina). Eso, ella no lo había visto antes.

—Siempre quisimos hacer una cosa más amplia, y el trabajo en Madres nos dio la posibilidad de llegar al barrio, de entender —sin tener que preguntar— si alguien había estado preso, si había matado, si había robado. Le dábamos trabajo y chau, lo mismo si se trataba de una prostituta. Y eso algunos profesores lo cuestionan, pero igual lo vamos a seguir haciendo, porque las madres tomamos decisiones pese a todo y contra todo. A veces a la izquierda y a los intelectuales les cuesta entenderlo. Pero nosotras no nacimos para que nos entiendan los intelectuales. Nosotras nacimos para que la gente sufra cada vez menos, para que sepa cuales son sus derechos.

—Vos tenés relación con grandes líderes de la izquierda latinoamericana. Cuando estás con ellos y aparece el tema de la diversidad o de la despenalización del aborto, que no han tenido nunca en cuenta ¿se producen debates?

—Hay países donde estos temas están naturalizados, países donde todavía no se habla. Algunos líderes de izquierda recién ahora tienen el poder, recién ahora están discutiendo. Yo creo que la derecha ha ganado mucho terreno en el tema del aborto, los travestis, la sexualidad, la prostitución. Pero hablar con la derecha o con la Iglesia es como hablar de los milicos. Son tan fachos, son tan reprimidos.

—¿Las Madres tienen en este momento un proyecto de viviendas?

—Sí, en varios lugares. En el Chaco, vamos a hacer 2500 viviendas y 6 escuelas dentro del proyecto nuestro de urbanización. A la primera casa la hicimos en Chaco, luego de que Nilda Garré firmara que los terrenos del Ejército pasaban al gobierno del Chaco para que la gente que ya está trabajando las tierras, los agricultores, se puedan quedar. Las demás serán para todos. Nilda Garré se jugó, porque te imaginarás que los militares no están muy contentos. Lo hacemos con el plan general pero dentro de lo que las Madres planteamos: que sea un proyecto integral, para que la gente se capacite, para que trabaje en blanco, que esté agremiada y aprendan cuáles son sus derechos. Y que haya escuelas, que todo esté urbanizado, que haya calle, que se limpie, que tengan luz, que tengan cloacas, que tengan gas, que tengan todo. Y no viviendas tiradas por ahí, al boleo.

—¿Y Territorio Madre?

—Ese es un proyecto para formar 10.000 puericultores para ir a los lugares más lejanos donde la gente no tiene mucha idea del cuidado de los niños. Es para formarlos en primeros auxilios, en puericultura —desde la higiene hasta el cuidado. A lo mejor un chiquito no se para bien y la madre no tiene medios como para darse cuenta, y eso es solucionable.

—¿Cómo fue el desembarco de Madres en la ESMA?

—Muy lindo. En mayo, y durante todo ese mes va a haber espectáculos, exposiciones de pintura. Y en junio van a empezar los talleres. Ya en 2009 lanzamos con todo: con el *Espacio Cultural Nuestros Hijos*. Queremos que para 2010 eso sea una escuela de artes y oficios que tenga que ver con esta universidad.

—O sea que la universidad va a seguir funcionando acá...

—Allá va a haber dos carreras o tres, pero fundamentalmente va a ser un centro... ¡No! Centro decían los milicos. Espacio Cultural, donde entre todo, hasta la cocina. Porque yo ahora estoy estudiando las formas de cocinar con lo nuestro, por ejemplo con la algarroba. Ahora me compré un montón de cosas para empezar a trabajar el centeno y el integral que no son fáciles de amasar o de hacer con esas harinas. Y me compré unas lentejas muy chiquititas para hacer hamburguesas de lentejas. Todo el tiempo estoy inventando, porque como yo tengo que hacer régimen, entonces me gusta la comida como forma de expresión. Me gusta cocinar, me despejo porque mientras cocino escucho música. Yo tengo mucho trabajo y suelo estar muy tensionada, y coci-



“Por ahí la gente no es tan rebelde, porque ser rebelde cuesta. Tenés que patear puertas todo el tiempo. Decile eso a tus compañeras: que ojalá sean todas rebeldes”.

nar me hace olvidar de todo y me pone contenta. Las plantas y la comida para mí son parte del amor que uno le puede dar al otro.

—¿Y cómo es Hebe fuera de toda la visión política y de su vida pública?

—Tengo una vida personal más pequeña con mi hija, que me ayuda mucho, y a quien también quiero mucho. Yo voy una vez por semana a mi casa de La Plata y cenamos juntas. El fin de semana ya me quedo a almorzar y a cenar. Ella vive cerca de mi casa pero vive sola. Lo quiero mucho a Sergio (Schoklender) y a mi nieto. No tengo mucha vida de familia porque estoy muy atrapada, más que atrapada estoy apasionada. Esto es como cuando una se pone de novia y es muy jovencita.

—El primer amor...

—Yo siempre cuento cómo me ponía en la puerta de mi casa para verlo entrar a mi novio que estaba a una cuadra, y desde lejos me hacía así con la mano. Bueno, tengo la misma pasión. No sé

cuánto tiempo tengo de vida pero vivo apurada porque quiero hacer muchas cosas y tengo muchos proyectos. No puedo decir que esa no sea mi vida. Esa es la pasión de mi vida, y después está lo otro más pequeñito, lo familiar, que también me gusta. Me gusta escuchar radio, ir al cine, al teatro.

—¿Y cuál sería el sueño de Hebe mujer?

—Tener nietos. Mi hija quiere adoptar dos niños. Ya hizo todos los trámites. Así que estoy esperando con mucha ansiedad que le den esos hermanitos que ella ha pedido. Los trámites son largos. Ojalá que se los den rápido porque los niños necesitan y nosotros también los necesitamos. Los estamos esperando.

—Además ¡tan lindos que son los niños!

—A mí me gustan mucho, tengo mucha paciencia. Me parece que es la parte más hermosa de la vida.

—Cuando yo me conecté con las Madres, quizás fue muy atrevido de mi parte, pero me identifiqué con sus historias. En nuestras vidas personales también sufrimos el desprecio familiar y social, el hecho de haber sido llamadas siempre con un mote. Y nosotras, encima, pasábamos por mala gente. ¿Cómo hiciste vos todo ese proceso personal? Porque hoy Hebe es una cosa, pero en su momento les decían de modo peyorativo hasta que tenían hijos “subversivos”.

—Yo empecé a entender mucho a mis hijos; y en la medida que empecé a entenderlos, vi la responsabilidad que tenían y lo que significaba para mucha gente ser una guerrilla revolucionaria. Entonces decidí que había que reivindicarlos. Y así cuando mi hijo me decía: “Mirá mamá, hay un pibe que está guardado porque lo persiguen, hay que llevarle la comida”, yo iba. Después tenía que hablarle a la madre para que supiera que el hijo estaba bien, o ayudar a chicas que tenían que ir a una reunión en una plaza, o a vaciar una casa, o a cambiar a una piba de lugar. Un día me acuerdo que cambié a una piba. Le mudé la casa —lo poco que tenía— a un vagón de tren. Yo siempre pensaba en todo el esfuerzo que hacían los chicos por luchar para otros. Por eso siempre digo que nunca un revolucionario es terrorista, nunca. Cuando muere mi hermano, que muere a los ocho días de que se llevaron a mi hijo Jorge, le dije a mi tío que me deje ir con unos compañeros a un negocio que él tenía, y me dijo que no. Entonces, yo le dije a mi mamá: “Mirá, hoy enterramos al Negro y también lo enterré a tu hermano, así que el día que se muera, no me llames”. Y así fue. Porque me dije: “¿Cómo? ¿Mis hijos eran bárbaros hasta que se los llevaron?”, porque como mi hijo mayor era un científico, estaban todos chochos. Pero cuando se lo llevaron, ya era terrorista. Así que yo enterré a toda la familia mucho antes de que se muriera. Tuve que tener mucha fuerza, pero así lo hice porque una también se puede armar la familia que quiere, que es la otra, la que te quiere, la que te entiende, la que te comprende, la que acepta tus decisiones, que te respeta como ser humano. Así se le da otro carácter a la maternidad. Porque para nosotras la maternidad fue otra cosa: no solamente haber parido al hijo el día que nació y haberlo criado. Fue una maternidad revolucionaria, totalmente transformadora, que no aceptó los cánones de esta sociedad. Nunca nadie nos vio llorar porque eso es lo que quieren muchos, que lloremos, que supliquemos “¡pobrecitas las madres!”, que vayamos al cementerio. Nada, ni cadáveres, ni muertos, ni huesos, ni gotas de sangre, ni antropólogos norteamericanos. Nosotros dimos la vida y por la vida es que peleamos.

—¿Entonces nunca lloraste?

—Sí, pero no le lloro al enemigo.

—¿Y cómo ves que haya una presidenta mujer?

—Es importante, pero también no cualquier mujer, porque si venía María Julia Alzogaray más valía perderla que encontrarla.

—¿Y esto de que Macri sea Jefe de gobierno de la ciudad?

—Es peligrosísimo.

—¿Vos creés que él puede crecer más?

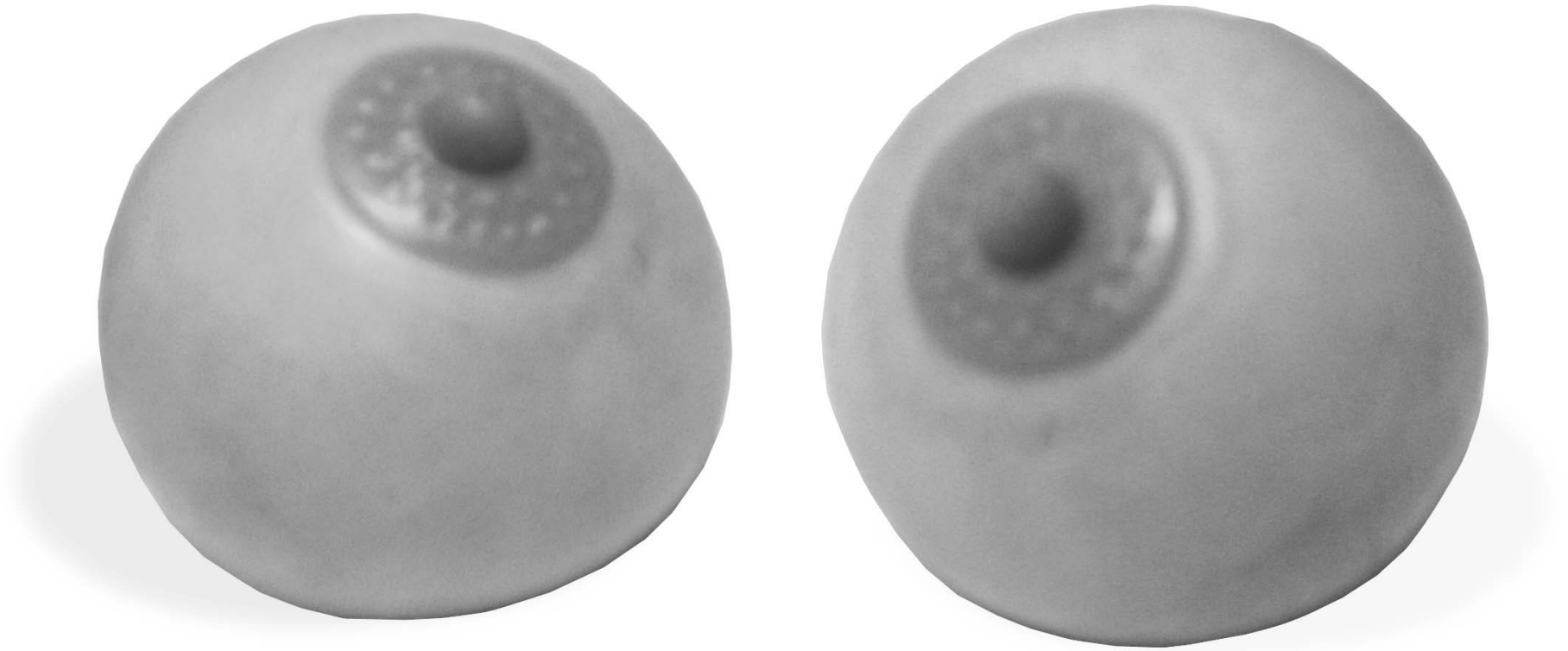
—No, porque no le da ni para ser presidente de Boca y entonces, ¿qué va a hacer?

—¿Qué te gustaría decirles a las compañeras que te leen?

—Que se hagan respetar, que peleen por lo que decidieron ser en la vida, que no se sientan disminuidas, que a veces una tiene que ser un poco prepotente para que el otro se de cuenta de que existís. Si no decidís defender tus derechos, ¿qué tenés como persona y como ciudadano?

—¿La rebeldía?

—Por ahí la gente no es tan rebelde, porque ser rebelde cuesta. Tenés que patear puertas todo el tiempo. Decile eso a tus compañeras: que ojalá sean todas rebeldes.



¿Tetona o no tetona?

Esa es la cuestión

Para que no te hagas falsas ilusiones acerca de las hormonas y, sobre todo, para que no te hagas pelota la salud. Más vale chata como un CD que muerta como Gilda.

Una de las primeras cosas que añora la mayoría de las chicas que comienzan a transitar el travestismo es tener tetas... grandes, chicas, medianas, de aceite, de silicona, de lo que sea. Cuando yo me planteé el hecho de llegar a tenerlas, me fui enterando de ciertas cosas, por ejemplo que tenía que hormonearme primero (es decir, tomar hormonas) con un tratamiento para lograr tener un buen pezón, sensibilidad y no sé cuántas cosas más. Yo me pregunté ¿*hormon- arme*? Cuando le pregunte a mi médico clínico me dijo sencillamente que estaba pasada de loca y que era complejo. Amaría tener tetas pero al informarme, se me pasó un poco esa ilusión (yo me empecé a travestir tarde y estos tratamientos son una de las cosas que no es conveniente hacer).

Busqué en Internet información para terminar de cerrar las ideas. No es fácil conseguirla pero algo obtuve. Aquí, una síntesis de internet:

Hablan de las ventajas, desventajas, dan

consejos, señalan peligros y efectos. Si estás con ganas de *entetarte* en esta vida y ponerte dos prótesis como globos terráqueos, es mejor que leas lo que sigue. Y si ya estás hormonándote, más todavía, para ver si estás haciendo las cosas bien o equivocadas, sin saber cómo orientarte, y así poder empezar de nuevo y no lamentarte.

Vamos con el pecho henchido a leer este informe:

Primero que nada, debemos entender el término "hormona": Esta palabra proviene del griego: "hormon", que significa "hacer que algo funcione". Ahora bien, al hablar de hormonas, los médicos dicen que son aquellas sustancias químicas internas secretadas por las glándulas de nuestro cuerpo que promueven, inhiben o regulan la actividad del organismo, viajando a través del torrente sanguíneo. Ejemplos de hormonas son la insulina, producida en el páncreas y que regula los niveles de azúcar en la sangre; las glándulas tiroideas, que regulan el crecimiento.

Existen diversos factores que afectan el mayor o menor éxito del tratamiento.

Salud: Gozar de buena salud es importantísimo para poder iniciar este tratamiento. Si tu salud es precaria, dejá de seguir leyendo ¿ok? Si fumás o bebés, no intentes tomar hormonas. Tené en cuenta que tu hígado estará expuesto a una sobrecarga de trabajo para poder metabolizar las hormonas, lo mismo aplica para tus riñones. ¿Acaso creés que ha de ser maravilloso estar en la lista de espera de un centro de transplante?

Herencia: Observá a las mujeres de tu entorno familiar, ojo que dicen que lo más probable es que desarrolles un físico similar al de ellas.

Edad: Entre más joven sea la persona, obtendrá una mejor y más rápida feminización. Entre 20 y 30 años, aún se pueden lograr notorias transformaciones. Por otra parte, si el tratamiento se inicia después de los 30 años o más, será realmente difícil lograr una modificación sustancial.

Posibles efectos

Dicen que con una dosificación adecuada, los primeros efectos aparecen al mes de iniciado el tratamiento, haciéndose evidentes a los 2 o 3 meses y tornándose IRREVERSIBLES a partir de los 6 meses. La feminización prosigue a un ritmo decreciente por un período de dos años o más.

¿Qué va pasando en tu cuerpo?

Básicamente, nos auguran una segunda pubertad. Donde había hormonas masculinas, ahora están siendo reemplazadas por hormonas femeninas. De esta manera, la fertilidad y la conducta sexual "masculina" decrecen rápidamente. Desde el primer mes, la "libido" o deseo sexual disminuye y las erecciones se vuelven infrecuentes, y con el paso del tiempo imposibles. Después de 6 meses, y ante la falta de "uso", tanto el pene como los testículos se atrofian dando la impresión de ser cada vez "más pequeños". El paciente es ahora impotente y estéril.

¿hormon- arme? Cuando le pregunté a mi médico clínico me dijo sencillamente que estaba pasada de loca: amo tener tetas pero al informarme se me pasó un poco la ilusión.

Desarrollo de los senos. Todo inicia con una notoria sensibilidad en los pezones, su contacto produce cierto dolor y reaccionan ante cualquier estímulo. A los dos meses aparece un pequeño abultamiento en el seno y la aureola se agranda y toma un color encarnado, que se oscurece con el paso del tiempo. Típicamente, el tamaño final de los senos es más pequeño que el de una mujer de la misma edad. Vale la pena mencionar que a menudo los pacientes se desilusionan por el resultado obtenido, ya que los senos se notan demasiado pequeños en comparación a sus anchas espaldas. El crecimiento de los senos puede aumentar mucho con el uso de un progestágeno adecuado, proporcionando un crecimiento más natural.

Redistribución de la grasa facial y corporal. La cara se vuelve más típicamente femenina, con más mejillas y menos angulosidades. A los dos años, la grasa tiende a emigrar desde la cintura y depositarse en las caderas, proporcionando una figura más femenina.

El cuero cabelludo. A menudo mejora en textura y densidad; el patrón de la masculina pérdida de cabello generalmente se detiene. El crecimiento del vello corporal a menudo se reduce afinándose en textura y en color. La piel y el pelo se vuelven menos grasos; si padecés acné, notarás una gran mejoría. Aumenta el sentido del olfato, junto con la sensación general de ser más emocional, y los cambios de humor son más frecuentes al inicio de la terapia hormonal o de cualquier cambio de régimen. El rendimiento metabólico decrece; muchos pacientes ganan peso. Adicionalmente, a menudo se pierde masa muscular. (Esto al principio es horrible, pero después encontrás sus ventajas).

Imposibles efectos

Antes de continuar, vamos a aclarar lo que NO hacen las hormonas:

Figura Escultural. Las hormonas jamás lograrán que Pancho Cachondo tenga cuerpo de Thalía. Si bien es cierto que con el tratamiento hormonal se obtiene una redistribución de la grasa corporal, de ninguna manera estamos diciendo que obtendrás un cuerpo 90-60-90. Si tenés cuerpo de luchador, con las hormonas como mucho tendrás cuerpo de luchadora, y no precisamente de Lady Apache ¿ok? (así que preparate para convertirte en la copia de *Polvo de Estrellas*).

Cambio de Estatura. Igual que el anterior. Si medís 1.80 o 1.90, seguirás midiendo lo mismo. Las hormonas no reducirán ni tu estatura ni el tamaño de tus manos o pies. Permanecerán invariables.

Cambio de Voz. Gracias a la testosterona, ahora tendrás una voz inconfundiblemente masculina. Por más estrogénos que tomes, tu voz seguirá igual (pero no te preocupes, hay ejercicios para modificar el timbre de las cuerdas vocales).

Embarazarte. Por más hormonas que tomes, no vas a poder quedar nunca embarazada. Por extraño que parezca, MUCHAS amigas me han consultado esto. Cada vez que escucho algo así, no se si reír o llorar. La respuesta es un contundente: NO (lo mismo aplica para quienes piensan —o deliran— con que tendrán menstruaciones, "períodos", "reglas" y demás).

Riesgos:

Al parecer existen factores de riesgo asociados con la terapia hormonal. El más serio de ellos es el riesgo de trombosis o embolia pulmonar. Los riesgos son mucho más altos si la paciente tiene más de 40 años, tiene sobrepeso, o es fumadora.

Dicen que altas dosis de tratamiento con hormonas antiandrógeno puede afectar el metabolismo de los carbohidratos, la función tiroidea, el tiempo de coagulación y la retención de líquidos y/o hipertensión por lo que debés tomar mucha agua y evitar la cafeína incluyendo refrescos de Cola, Gatorade y demás. Si no se observa feminización (ni incluso los blandos pezones que preceden al crecimiento de los pechos) después de 2 o 3 meses, o si la feminización es muy limitada en un largo período, aconsejan realizar estudios para modificar el agente estrógeno usado, pero en ningún caso aumentar la dosis señalada.

Otro de los consejos que dan es que se debe revisar anualmente, como mínimo, la función hepática, la serología de los lípidos y la presión sanguínea.

Todo esto obviamente debe ser bajo supervisión médica. ENTENDELO BIEN, tenés que ver a un médico endocrinólogo que evalúe tu estado de salud para administrarte la dosis óptima para tu tratamiento. Si aún estás en el closet y te da vergüenza expresar tu deseo de tomar hormonas ante un médico especializado, entonces esto NO es para vos.

Hacé una cita con tu médico y si el médico no te trata adecuadamente, si sentís que te discrimina porque no respeta tu identidad o te trata de hombre, tanto en la Ciudad de Buenos Aires como en la

Provincia, hacé valer tus derechos para que sean respetados.

Lo que no se debe hacer:

Por favor no, no seas tonta, NO TE AUTO RECETES.

Incluso si vas a un médico y empezás un tratamiento hormonal, debés estar atenta a cualquier cambio o trastorno que se presente. Hablá de esto con tu médico con el fin de hacer los ajustes necesarios en tu régimen. Algunos de los trastornos más comunes que se reportan son los siguientes: aumento de peso, insomnio, desórdenes digestivos, náuseas, vómitos, dolor abdominal, acné, hirsutismo, pérdida de cabello, migraña, mareo, síntomas de ansiedad/depresión, cansancio, calambres musculares, cambios de la libido, trastornos visuales, intolerancia a las lentes de contacto, disminución de la tolerancia al azúcar, somnolencia, fatiga, y "cara de luna".

Herencia: Observá a las mujeres de tu entorno familiar, ojo que dicen que es probable que desarrollen un físico similar a ellas.

Sobretexto

Este texto me pareció interesante e iluminador de cosas que pensaba equivocadamente y otras que tenía acertadas. Lo que más me dolió es leer la imposibilidad de quedar embarazada jejeje... Entonces, por lo menos yo, no me hormono nada; ya estoy grandecita, tirando a China Zorrilla, no soy una nena, tengo el hígado endeble por tanta cerveza que no pienso dejar, mascullo como una vaca feliz, fritos y lo que sea. Ustedes hagan como quieran, pero sepan que con un control va a ser siempre mejor. LA VIDA VALE MUCHO MAS LA PENA QUE UN BUEN PAR DE TETAS.

Por Norma Intertrava

(Buceadora cibernética de El Teje. La que quiera que lo agarre, la que quiera que lo deje)

Hospital Durand:

Página del personal del Hospital General de Agudos Carlos G. Durand. www.durand.org.ar
Tel: 4982-5555 / 4982-5655
Conmutador: 4982-1050 / 4981-2670
Teléfono Guardia: 4981-2790 / 4982-5555
Posee un servicio integral de atención a travestis, transexuales, transgéneros e intersexuales.
Tel. del servicio: 4372-4742, int. 222



Por Naty Menstrual y Marlene Wayar

Naty Menstrual dialogó con *La Mega*. Marlene Wayar habló poco pero lo que dijo fue onda hot-trash-Barracas. Faltaba Elizabeth Vernacci y a *El Teje* le ponían la faja de “condicionado”.

Mis ataques de pánico amenazaban con enredarme nuevamente entre mis sábanas rosadas por ocasionales contactos carnales. Desperté obligada: teníamos que hacerle una nota a *La Mega* —el personaje travesti de Fernando Peña. Me daba curiosidad estar con Fernando pero hablando con *La Mega*, presenciando ese desdoblamiento continuo que lo caracteriza. Me duché, me re vestí, me re pinté, y salí como una mascarita carnavalesca a las veredas de San Telmo, por donde había vivido hacía tiempo. Las veredas me conocían bien el taconeó y se habían ensañado con romperme los *stiletos*. Encima garuaba.

El ansiado encuentro era en el teatro Margarita Xirgu que, por suerte para mis pánicos, quedaba a tan solo tres cortas cuadras de mi ex casa. Espléndido. Sus pisos, las arañas, las puertas... divino, divino. Lo mismo que una escultura enorme de una madre acunando su hijo (que hizo un *toc toc* en mi cabeza recordando mi propia lucha con mi Edipo). A pesar de ser media mañana, y por mis vampíricas costumbres, ese día era especial.

Llegamos a horario: Marlene, la fotógrafa y yo. El maquillador de Peña estaba en la puerta con aires de antipática que no es estrella junto a un novicito, amante, amigo o no se quién era. Esperamos. Esperamos. Esperamos. Avisaron por teléfono que había problemas de tránsito. ¿Sería una dulce o amarga espera? De repente apareció Peña con bolsos y alguien detrás, respetuoso y educado, pidiendo las disculpas del caso. —Vamos al camarín, así hablamos tranquilos...

Entonces todas pasamos por la maravillosa sala del teatro —de un bordó radiante y mucho dorado— hasta llegar al camarín. Amable, acelerado, verborrágico, Peña comenzó a montarse en *La Mega* y, mientras lo hacía, con un vaso de alguna bebida *on the rocks* fuerte y blanca, íbamos charlando. Me mira con sus ojos abiertos y expresivos, su nariz aguileña de estilo griego, su boca fina y veloz, como una víbora serpenteando entre las preguntas y las respuestas.

Peña: Vos sabes que yo soy un travesti raro.

(Soporto los pelos, todo, es lo opuesto a Florencia. Total.)

Espejo. Maquillador maquilla como siempre, con cara de antipático. Peña se vacía el vaso. Maquillador va y vuelve con más hielo y más de lo que *La Mega* estuviera tomando. Llega heladerita con gaseosas para todas (a decir verdad yo me hubiera clavado un litro de cerveza, pero era horario de trabajo). Peña observa el espejo. Me observa a mí. Me inspecciona.

—Vos te parecés a la Amparo, la de *Todo sobre mi madre* de Almodóvar — toma un trago.

Y como loca ve mi rostro desorientado...

Le digo que le queda bien, que se suba más la peluca y me hace caso. Amable. Mira al espejo nuevamente. Me mira. Cuando habla, siempre me mira a los ojos y eso está bueno, sostener la mirada es lo que está bueno.

—¡Te impacté, Marieta! ¿Se te cruzó la hormona?

Estaba realmente fascinada... me había cruzado con alguien más enloquecida por la vida que yo.

—Obvio que estoy re-loco... pero soy puto porque no me gustan las mujeres, me gusta la verga. Pero tengo una faceta de violador y eso es porque *me gusta el hueco* —cualquier hueco. No me gusta la mujer. Pero la actitud masculina en la mujer me excita mucho, muero. No es que se me para la pija cuando las veo, como de golpe cuando veo una mariquita o un chongo; pero me hace una cosquillita en la costura de los huevos. ¿Entendés lo que te digo? No me es indiferente.

Lo miro al espejo y pregunto.

—¿Y si ella te avanzara?

Mega y Peña (decidida, enérgica):

—No... avanzo yo. Porque lo mío es violar... Sí ¡Violar!

Tiene puesto un vestido onda '60, retro total. Se prueba unas botas plateadas, las revolea. Se pone unos zapatos chuecos, como de vieja que visita a su marido muerto hace 45 años en el cementerio.

—¡Hay que mandar a arreglar todos estos zapatos! ¡Para eso se les paga! ¡Para eso está el auspicio!

Apurado, pide un pelucón... se trauma con el flequillo. Peina el flequillo, hipnosis en el espejo. Le digo que le queda bien, que se suba más la peluca y me hace caso. Amable. Mira al espejo nuevamente. Me mira. Cuando habla, siempre me mira a los ojos y eso está bueno, sostener la mirada. Avasallante, seguro de lo que está diciendo.

Yo no tengo tetas operadas y quería saber qué tetas tiene *La Mega*. Pregunto.

—¿Qué tetas tiene *La Mega*?

—Ninguna, no tiene. Tiene maminas. Por eso como mucho, porque yo cuando como mucho me salen maminas. Es un quilombo porque como mucho para tener maminas naturales, pero me crece la panza y el culo de una manera tremenda, y la papada ¡Pero noooo! A mí el cuchillo no me gusta... que me den el cuchillo a mí. ¡Yo soy la cuchillera!

Se termina de maquillar con sus propias manos. Se nota que no puede delegar absolutamente nada, tiene que estar, todo lo observa, todo lo huele, todo lo percibe con las ventajas o desventajas que tiene tener alta percepción, para bien o para mal.

Pienso en mis hombres... en sus hombres... en los hombres... en los aromas... en los olores... en los desacostumbrados que estamos a disfrutarlos. Pienso en ser perro por un momento, con ese olfato tan desarrollado... La miro a *La Mega* que es una auténtica perra de terrible olfato.

—¿Cómo es tu relación con los hombres?

Se mira al espejo, se retoca, me mira.

—Todo... los hombres son todo para mí.

—Te gustan todos...

—¡¡¡Noooo!!! Tampoco todos, pero cada uno tiene lo suyo. ¡Sí!

—Sexualmente, ¿sos Caperucita o el lobo?

—También soy activa yo, guarda. ¿Qué te pasa?

Se mira al espejo, hace muecas... Se tira besos.

Marlene pregunta:

—¿Cómo está *La Mega* con el papel de actriz?

—Chocha, jajaja.

Ríe exagerada, estridente; se arregla el pelo, el flequillo; se tira besos al espejo; guiña los ojos. Habla de desdoblarse... de ser muchos, de ser cientos, de ser todos los que puedan salir emergiendo con loca energía de sus perversas vísceras. Marlene continúa preguntando.

—¿Y entendés el mambo del maricón de Peña o solo le seguís la corriente?

—La Peña está loca, loca, loca.

Se sigue arreglando el pelucón maldito que no la deja en paz.

—Si hacen una contienda los personajes de Peña ¿vos decidís Mega? Y si vos ganás, ¿igual les das espacio? ¿O los matás a todos?

—¡Noo! Yo soy muy generosa aunque en realidad yo no tomo cocaína, pero bueno es lo que le da a Peña y yo lo dejo.

—Lo que yo más hubiese deseado es tener muy buena voz ¿Te pasa eso a vos también?

—¡Ya la tengo!

Marlene le pregunta la edad y coquetea, sonrío y la mira como diciendo: “¿te pensás que soy boluda?”. Miente como mienten todas las divas: —Eternos 28. La edad ideal, de ahí no me muevo.

Quiero más de él: quiero hablar de sexo, de cosas sucias, de momentos perversos, lo percibo peor que yo y yo no soy Ceferino Namuncurá. Más bien soy Rita Turdero. Le pregunto abiertamente:

—¿Cómo fue la primera experiencia? ¿Fue con un puto, un macho?

—13 años.

—¿Trece años seguidos?

—Noooo... yo tenía 13 años. El era jardinero, le chupé la pija y le cobré, era chiquita y bien puto pero no pelotuda.

Busca algo en una agenda.

—Mirá, te voy a mostrar una foto. Cómo era yo cuando me lo levanté.

Se corta la charla porque ve una imperfección considerable en la peluca, reta al maquillador.

—Esto se paga, no es canje, hay que decirles.

—¿Te preocupás mucho por la estética?

—¡¡¡Ah divina!!! Sí, por supuesto, me preocupo mucho por la estética. Pero yo pienso que el travesti es travesti aún sin peluca.

¿Entendés lo que te digo?

—No del todo...

—Sí, sin montarse. Hay hombres que están travestidos y otros que no. Ser travesti es una actitud.

Encuentra la famosa foto de sus épocas de precoces petes arancelados y me la muestra sonriendo.

—Esta es la foto, mirá la cara de chongo boludo de mi hermano y la cara de marica divina que tengo yo.

Sonríó y pienso en mis cuatro hermanos varones. Dicen que en las familias donde hay un maricón, hay dos.

—¿Y después seguiste adelante con tu vida sexual sin traumas, sin dramas?

—Nunca tuve un trauma, la primera vez que se me paró el pito, alrededor de los 10 años, bajé a mostrarle a mi mamá. Ella estaba jugando a la canasta con amigas y le dije:

—Niño Peña: ¡Mirá mamá se me paró!

—Mamá Peña: ¡¡¡Sacá eso de acááááááá!!!

—Yo hubiese sido un tarado si fuera por ella.

Pienso en mi madre y en todas las putimadres que laburan con ahínco nuestro ser mariconazo. Peña se pone más serio y sigue mirándome a los ojos cuando habla.

—Pero me laburé mucho, no solo con el cuerpo, no solo con el trabajo. Trabajo mucho mi cabeza, no me hago la tonta, me miro al espejo.

Su mirada languidece. El corazón le palpita distinto, lo percibo.

—Mirá, me enamoré hace un mes, pero total. Del chico este, del actor que me acompaña en la obra. Yo tengo 54 años, tuve 15 parejas, obsesiones, neurosis, metejonas, embadurnes, de todo. Me dejé por ellos, hice suicidios actuados para que volvieran ¿viste? Y ahora no me pasaba nada de eso, era un amor muy natural. Entonces en un momento desconfié de mí, de mi sanidad. Y yo cuando desconfío —que me pasa mucho—, me miro al espejo, me miro a los ojos y me digo: “A ver, a ver ¿qué? ¿Qué? ¿No te hagas la loca!... ¿Qué es? ¿Es la pija? ¿Es la soledad? ¿Qué es?” Llega un momento que de verdad sé que es amor y listo. Digo: “¡Sí!” y lo laburo mucho.

—Pero podés estar en la lona o no estarlo, cada uno elige y se sobrepone.

—Obvio, pero lo laburo y me planteo mucho. Yo tengo una sexualidad muy amplia. Para hacer de activo a mí me gustan los afemi-

cambié de idea. El divo nunca nos masculinizó en la entrevista. Ni a Naty, ni a mí. Ni a *La Mega*. Ella es femenina, y entendí que Peña transita de su mundo interno a este otro en el que no tiene una lógica habilitada para explicarnos. Así entonces encontrarán que he respetado en absoluto su discurso, esfuércense ahora por comprender en él lo que es obvio. Yo terminé de comprenderlo en su propuesta escénica. Allí *La Mega* es —sin importar su género travesti— una persona ante la necesidad de amor y de vínculos sanos. Allí, las fronteras estallan y el des-amor ve su raíz social: su discurso pierde el impedimento de expresarse en el lenguaje hegemónico. Su arte expresa una condición humana neutra, pero su genio escogió la radicalidad de *La Mega* para interpelarnos e interpelarse sobre la construcción de otredades monstruosas. ¿Por qué cuando intento ahondar en él, *La Mega* se va y es Peña quien aparece para decirme: “Vamos a ponernos serios”? Lo hombre, lo serio, no está en *La Mega*. Pero se contradice concediéndome seriedad a mí, a la no-hombre. Yo me siento así descalificada y ascendida a la vez, pero esos movimientos me duelen y me sueñan contradictorios. *La Mega*, las mujeres, las maricas, las pasivas, las travas, las lesbianas, las niñas, las bisexuales, todas las no-hombres, me duelen. Y me duele ser ascendida y aceptar supuestamente ese juego macabro de que haya tontas no por ton-tas sino por no-hombres.

cados. No me gustan los chongos.

—Yo siempre le digo a mi analista: a mí me cogieron, me travesti y me dieron vuelta porque buscan siempre el pedazo. Y ahora, si tengo que elegir, me gustan los pendejos lampiños para cogerlos.

—Bueno, te cuento dos cosas: yo estuve en pareja, ya te conté, con un travesti de La Boca, Rodrigo de la Cruz.

—¿Transformista o travesti?

—No, drag queen, transformista. Yo tenía 32, él creo que un poco menos. Bueno, fue mi novio casi por un año y tenía un pitito muy chiquito, nunca se lo toqué.

—¿Y se montaba para estar en la cama con vos o no?

—A veces sí, a veces no. Daba igual.

Danzan recuerdos en su cerebro y pienso que me encantaría que su cabeza fuera una pecera y yo un pescadito para poder nadar dentro de ella, oxigenando mis branquias con sus locuras perversas. O quizás una sirena, jejeje, de ambulancia, de manicomio. Es *La Mega*, es Peña, es mezcla explosiva que no me desorienta, me energiza, me violenta.

—Ahora, mirá lo que me pasó, hace muy poco, hace como dos años. Me levanto un pendejo, viene a casa, divino. Comenzamos a hablar (viste que una siempre, yo al menos, antes de coger tengo como un sondeo sobre “qué vamos a hacer”). Bueno, a ver, whisky, no sé qué, veía sus manitos, metía las mías, a ver si se depila o no. *No lo sacaba*. Era medio chongo, medio mujer, no lo

sacaba. “Bueno, esto va a ser vuelta y vuelta, listo”, pensé. En un momento, me paro y tropiezo con su mochila que la tenía en el piso, y le digo: “No la dejes en el piso que es miseria”. La levanto y pesaba un huevo. “¡Ay qué tenés acá!”. El pendejo me contesta nervioso: “No, no, nada”. “No, nada no. Abrilo, ¿qué tenes?”

¿Tenés cadenas, palos? Mira que te cago a trompadas ¿Tenés un plan o es algo personal?”, le pregunté. Me dice que no, que es algo personal. “Bueno abrilo, yo quiero ver. ¿Puedo adivinar? Tenés ropa de mujer”. Y sonrió como una nenita. “Montate ya”, le dije. Tardó una hora y diez en montarse, toda divina. Yo, mientras se montaba, le pasé la pija por todos lados. Por los hombros, por la boca, por la espalda, me la chupaba, nos dábamos besos, seguía montándose y cogimos divino solamente en el comedor, me encantó, después nunca más lo vi.

Estoy nadando en esa pecera, me estoy llenando de Peña y de *La Mega* y quiero más, ninfomanía insatisfecha. Me río, lo miro, me mira desde el espejo. Pido más y mil historias más, que empiece de nuevo. Y me da más.

—Te cuento mi otro cuento. Un día estoy en Brasil en un boliche en San Pablo, se llamaba *Rave*. Y a mí me gustan los negritos chiquititos. Se me acerca un nenito, 18 o 19 años, rubiecito, lampiño, flaquito, sus bracitos eran mi dedo gordo del pie. Me lo recojo mal, mal. A él también le gustaba la historia de un papá. Nos vamos a dormir, me quedaban unas horas más antes de irme por *American Airlines*; paraba en el Hotel Plaza de San Pablo. A la mañana siguiente, borracho, drogado, no sé qué, empiezo a sentir una molestia en el culo. No podía identificar qué

era, me voy despertando. El pendejo me estaba metiendo el dedo en el culo, pero así como diciendo “¿vos sos el que me cogió anoche?”. Me doy vuelta y le pregunto: “¿Por qué no me cogiste anoche?”. Y le hice la pasiva. ¡¡¡No sabes cómo me cogió!!! Bueno, eso para mí es un hombre, no el macho camionero que me harta, me harta. Ese hombre compañero, que disfruta, la maricona atrevida que es valiente. Aunque tenga la chota mínima ¡¡¡Esa que tiene actitud!!!

Pienso en lo que dice. Opino como opina. Es veloz. De palabras como miles de alfileres que se te clavan uno a uno en los cachetes del culo. De no haber sido lo que es, podría haber sido

rugbier, basquetbolista, serial killer, pero nunca muñeca de trapo.

—Hay putos más machos que un supuesto macho.

—Totalmente.

Marlene cuenta una anécdota, demostrando que nosotros somos pequeños mocos en este mundo pañuelo: —Conocí a un chonguito tuyo. En Barracas, se lo levanta una amiga, Andrea, que vivía en un asentamiento del Pinedo y las vías. Ella me llama y me muestra la pija *enorme* de un chonguito muy particular, basero (fumaba pasta base), de barba de mucho tiempo hasta medio pecho, sin recortar. Nos contaba que su papá le pagaba el hotel a cambio de que se bañara. Decía que era chongo tuyo, que vos eras re piola, y yo lo empiezo a bardear para que hable mal de vos. Te re-defendía. Te mantenía *en hombre*. “Es hombre y es re piola”, el chabón insistía. Lo llevamos a la casa de una amiga y la historia termina con que las maricas se duermen y él nos afaná el video ¡¡¡que encima no era mía!!!

(Ya está jugosa la cosa; como me gusta: perversa, ágil y escatológica).

—Tengo varios de esos, dice *La Mega*.

—¿Tenés colección de chongos?

—Tengo un montón de taxis.

—¿Tenés taxis? ¿Pagás o te cogen gratis por ser *La Mega*?

—No, yo pago.

—¿Cuánto fue lo máximo que pagaste?

—Cuando era chico, algo así como mil dólares.

—¡¡¡Hija de puta!!!



—No eran míos. Eran de un productor de teatro.

—¿Y que te dio por mil dólares?

—No era un gay, no era un puto. Ante la negativa, le dije: “Yo lo único que quiero es verte masturbándote desnudo y que me metas la pija entre las rodillas. Mirá una porno y yo acabo, va a tomar 30 minutos y yo te doy mil dólares”. Era un chongazo espectacular que vi a la salida del boliche y que no era puto de verdad. ¿Viste que una se da cuenta cuando alguien no lo es de verdad? Le insistí y él no quería, “te doy mil dólares y tatata-ta...”. Y al final por la plata agarró.

—Y cuando agarrás un taxi, ¿cómo medís el dinero? ¿Qué se hace por cuánto dinero? Hay algunos que te dicen: “Quiero 600 pesos”.

—No, más de cien no les pago, y a veces he pagado 80 y ellos quieren más que yo.

—Por poco tendrías que cobrarles vos a ellos.

—Sí, pero a mí me gusta pagar. No por una cuestión de poder ni nada. Ni me siento inferior, nada. Es una cuestión de control y de poder sacarlos (con la mano hace un chasquido, sugiere velocidad). Tipo “no me molestes más, acabá”. Cuando acaban, los saco. Marlene toma la posta y pregunta:

—¿Por tu relación con la fama deben querer seguir con algo más?

—Y lo hago cuando veo que son buena gente. Porque el tema es sutil, en la prostitución te hacés malo. No es que *sos malo*, yo creo que nadie es malo. De verdad, pero hay gente que tiene la maldad más a flor de piel que otra gente, y cuando le agregás el ingrediente de la prostitución, se hacen malos, se envician por lo malo, se inclinan por lo malo.

—¿Vos decís que la vida nos puede hacer malos? ¿La experiencia de vida?

—Sí, cuando uno no es inteligente, porque cuando uno la busca con el trabajo del cerebro, al resentimiento lo saca. El resentimiento es un sentimiento de mierda. Y hay algunos pobrecitos que no pueden. No pueden porque no son inteligentes. Yo cuando veo al malo, el aprovechador, al oportunista, al ventajista, lo rajo (hace un chasquido de dedos).

—Lo olés.

—¡Ajá! —exclama y hace otro chasquido de dedos como diciéndole: “che, escuchame, estás despedido”.

—Lo que sorprendió de ese chongo que estuvo contigo es cómo te defendió a capa y espada, yo te bardeaba para enojarlo. Y la contradicción en él es que te calificaba de “hombre”. ¡¡¡Se refería a tu hombría de bien!!! Le faltaba un lenguaje donde comprender “puto” como condición fuera de los calificativos peyorativos que socialmente tiene. “¿Cómo voy a ser amigo de un puto?”.

—Es que no tiene nada que ver si me travisto o no, así tenga un hueco grande como el planeta tierra. Para mí ser hombre no es ser macho, *hombre* en términos de raza, soy *persona* y es así. Sin pedantería, soy una buena persona, sino no hubiera llegado a donde llegué. Estaría quemada en el ambiente, me habrían hecho una cama. Yo soy muy amigo de Fanny Mandelbaum, de gente

“Yo no tengo *off the record*. Yo fui adicto cuando era chico en Nueva York, y ser adicto es no poder dejar de tomar, no trabajar, robar. ¡¡¡Yo he robado miles de veces!!! Me hacía chupar la pija por viejos en un baldío, y cuando chupaban la pija los volteaba y les sacaba la plata”.

que no se come ni la punta ¿entendés?. Y yo digo en la radio que tomo drogas y planteo todo mi ser.

—Eso te iba a preguntar: de lo que estamos hablando ¿todo se puede publicar?

—Todo. Yo no tengo *off the record*. Yo fui adicto cuando era chico, cuando tenía 16 años en Nueva York, y ser adicto es no poder dejar de tomar, no trabajar, robar. ¡¡¡Yo he robado miles de veces!!! Me hacía chupar la pija por viejos en un baldío, y cuando chupaban la pija los volteaba y les sacaba la plata. Y esto no lo cuento como un orgullo sino como algo que me pasó. Yo me he llegado a morder y rasguñar los cachetes hasta sangrar porque no tenía merca. ¿Qué quiero decir con esto? Que la merca es malísima; pero a mí me encanta. Bueno, por eso ustedes déjenme que yo haga lo que quiera. Con la merca, con el pucho, con

el pasto, con la comida, con el trabajo.

—Asumir.

—Eco, asumir, cargar con uno, yo me he drogado muchos años, a los 23 dije: “¡Chau!”. Ahora tomo de otro modo, sin hacerme el boludo —nariguetazo y trago.

Llama Moria Casán e interrumpe para disculparse porque se olvidó que tenían una conversación telefónica pausada para la radio.

—Moria me quiere y es profesional.

—Si no hubieras sido *La Mega* ¿qué mujer hubieras sido?

—Rafaela Carrá.

—Yo Angélica Houston.

—¡Me encanta! Román, tráeme la peluca de Lita.

Román dice que está en la peluquería.

—¿Y cuál tenés? —pregunta. Román trae una caja inmensa de pelucas. *La Mega* empieza a jugar con ellas (y nosotras también); locas entre esos bollos de pelos sintéticos, coloridos. Una marica que ve pelucón, se orina de la emoción.

—Bueno, Rafaela tuvo éxito, evolucionó y envejeció bien.

¿Vos como te ves a futuro?

—Muy bien, yo creo que me voy a operar y nadie se va a dar cuenta porque no voy a cambiar mis facciones; una estiradita, pero no esta nariz que tengo que es Peña. Esta boca finita de mujer poco apasionada es Peña ¿entendés?

—¿Y a nivel laboral?

—Lo mismo, lo mío es el teatro y lo que hago en el teatro, no es que soy nada más que travesti. Soy mucho más, ese es el tema. En un punto no me siento ni hombre, ni mujer, ni puto, ni travesti, ni nada. Me siento Peña. Que soy esta persona que te habla con esta voz descangayada.

—Y eso se nota. En radio, en teatro, en la calle... sos Peña.

Queda frente al espejo mirándose con una de las tantas pelucas y mirándose desde su reflejo. Pregunta:

—Soy bonita ¿no?

La garúa seguía insistiendo con convertirme el pelo en un nido de caranchos violados. Salí a la calle, respiré profundo: en cinco aspiró —en cinco retengo— en diez exhaló... No tenía paraguas, odio los paraguas y más odio a la gente que los usa. Caminé relajada bajo la lluvia... iba a ser un buen día... Cuando el cielo está nublado, hay que buscar otros cielos con soles.

ESPECTACULOS

Mina en escena



A Mina Diamante se le hizo: va a interpretar a una travesti en "2024", la ópera prima de Elisa Carricajo. Ahora ensaya en el Rojas, antes sólo pasaba por el toilette.

Las dos caras del teatro griego son la tragedia y la comedia. Cuando descubrí mi vocación de actriz, anhelaba, deseaba y fantaseaba lucirme como una gran actriz de la tragedia; o actriz dramática, hablando en criollo. Cuando decidí reconocermé como Mina Diamante –Mina para los amigos–, lo hice pensando en desenvolverme como la más graciosa de las comediantes o como una gran vedette. Atrás quedaban mis sueños de conmoveer, concientizar o inquietar, por otro medio que no fuera la risa. Cada vez que paso por la puerta del Centro Cultural Rojas, entro a

retocar mi maquillaje, peinarme y orinar en el toilette, no sin ver antes qué muestra de arte lucen sus galerías (pasen y vean, se ven cosas copadas).

Aquella tarde, una vez más, me metí al Rojas. Tratando de pasar desapercibida pero sin éxito, fui interceptada entre la muchedumbre por una doña que me confundió con Mariana A. ¡Ja! (aunque es cierto que tenemos un leve parecido). Lo único que yo quería era salir de ese tumulto de gente, pero nuevamente sin éxito, volví a ser solicitada por otra persona y de sorpresa; era la coordinadora de prensa de un ciclo teatral del Centro Cultural, Paula Simkin. Ella me dijo que Elisa Carricajo, actriz y directora de teatro, me había visto algún día anterior pululando por el hall del Rojas y que pensaba que yo era la persona indicada para componer a la heroína de su ópera prima (primera obra). Una transexual recién llegada de un viaje sin retorno, que no encuentra en su destino más que desprecio, desamor, y a una persona a la espera de un ser maternal que cure sus heridas.

En la Argentina de hoy, la ignorancia en general, y además la ignorancia respecto del transexualismo, es muy grande. Cuando leí la obra por primera vez, no pude evitar sentir cierta angustia y miedo, frente al desafío de representar de alguna manera el costado dramático de mi vida: una persona discriminada y soslayada. Tuve miedo de mostrar al mundo aquellos momentos de desconcierto y angustia vividos desde mi más temprana infancia, respecto de mi identidad de género y sexual. La segunda vez que la leí, ya mas calma, pensé en componer un personaje de clown (payasesco), grotesco, que me permitiese desligarme de aquel drama; sorpresa la mía cuando Elisa, la dire de la obra, me pidió algo más de dramatismo realístico para aquella desdichada personaje.

Me relajo en cada ensayo esperando el día del estreno, dando lo mejor de mí a aquella "trans" que, como todas nosotras, llega de lejos, de un viaje sin retorno. Llega para compartir, para disfrutar, para ser parte de una sociedad que aún en el "2024" no se encuentra preparada para ella, una sociedad todavía demasiado cegada por la hipocresía, la banalidad, la discriminación y la codicia. Cuestiones que sólo llevan al ser a entrevistarse, soslayarse y a caer en desgracia.

Por Mina Aymaré Quechua Choque (Diamante)

Qué hacen de nosotras cuando hacen de nosotras



Durante el verano, estuve dedicándome a ver espectáculos y obras de teatro donde había chicas trans. Desgraciadamente no encontré muchas, pero me gustaría destacar tres obras donde las vi: *Cabaret*, *La irredenta* y *Fetiche*.

En *Cabaret*, hay una pequeña participación de una chica trans que trabaja en un prostíbulo en la Alemania nazi. La interpretación está a cargo de un chico transformista que hizo un personaje muy bien logrado, y que llama mucho la atención a pesar de su poca participación.

No contenta con eso, averigüé y me enteré de que en la obra *La Irredenta* ¡tenemos un papel protagónico! La obra trata de tres mujeres prostitutas y su *madame*. El papel de la travesti está bien representado, aunque un poco exagerado llegando casi a lo grotesco. Al terminar la obra, me quedé con gusto a poco.

Y, para saciar mi hambre de arte, me fui corriendo a ver *Fetiche*. Esta obra trata de una mujer físico culturista, representada por seis mujeres diferentes. A la chica trans la interpretó Mariana A. a quien vi bastante rígida, sobre todo en los momentos de baile.

Creo que a esta chica le vendría bien un poco de estiramiento y otro poco de clases de teatro para alzar la mirada y enfrenar al público, ya que da la sensación de que está todo el tiempo ensimismada. Vale destacar que está trabajando en una obra compleja y que son sus primeros pasos en teatro, que no es lo mismo que trabajar en televisión.

¡Ay chicas! Pasó el verano y las otras pequeñas obras under que vi fueron improvisadas y de muy bajos recursos. No se imaginan lo que yo daría por ver más chicas como nosotras sobre un escenario y poder sentirme orgullosa.

Tenemos que ponernos las pilas y animarnos a estudiar, para poder *representar de una manera más real nuestro mundo al resto del mundo*.

Por Daniela Vizgarra

Un paso en falso

Por Mauro Cabral

La ley de identidad de género, a punto de ser debatida en el Congreso, contiene artículos discriminatorios. Mauro Cabral señala las buenas intenciones del proyecto, pero analiza sus límites.

La Argentina se prepara para debatir la posibilidad de tener algo que, hasta ahora, nunca tuvo: una ley de identidad de género. La necesidad de esa ley está inscripta en la experiencia cotidiana de todas aquellas personas que nos identificamos en un género distinto al que se nos dio al nacer –nos llamemos travestis, transexuales, transgéneros, personas con el síndrome de Harry Benjamin, o cualquiera sea la denominación con la que podamos o queramos identificarnos personal y políticamente. El reconocimiento legal de nuestra identidad de género es una necesidad imperativa no sólo para asegurar nuestra supervivencia, sino también para hacer posible una vida que sea algo más, mucho más, que mera supervivencia.

El proyecto en discusión es, sin duda, un proyecto bienintencionado. Tanto su articulado como sus fundamentos denuncian decididamente las condiciones de vulnerabilidad extrema en las que vivimos y morimos, combinando el reconocimiento legal de nuestra identidad de género con medidas destinadas a reducir las oportunidades para la discriminación. Si este proyecto se aprobara, significaría que quienes nos identificamos en un género distinto al que se nos dio al nacer, podríamos modificar nuestros datos registrales. Y podríamos hacerlo sin la necesidad *explícita* de una evaluación psiquiátrica que nos clasifique como miembros de una comunidad biográfica y diagnóstica específica, ni de peritajes forenses que certifiquen tanto nuestra pertenencia quirúrgica al género que declaramos como propio, como nuestra esterilidad.

Las buenas intenciones de este proyecto tropiezan, sin embargo, con algunos obstáculos serios.

¿Alguna mujer debe presentarse ante una Oficina semejante a fin de que le sea debidamente acreditada su femineidad?

En primer lugar, el proyecto *parece* no condicionar el reconocimiento legal de nuestra identidad de género a ningún requisito en particular. Sin embargo, en realidad *sí* lo condiciona. En su artículo 4º se establece que, para acceder a ese reconocimiento, deberemos presentarnos frente a una Oficina de Identidad de Género –la cual “coordinará un equipo interdisciplinario conformado por profesionales de la salud, el derecho, la psicología y la sociología, a los efectos de evaluar las solicitudes”.

El proyecto podrá *decirse* y hasta *creerse*, de buena fe, antidiscriminatorio, pero continúa sometiéndonos a un trato abiertamente discriminatorio en el mismo momento en el que intenta asegurar nuestro derecho a la identidad. ¿Alguna mujer debe presentarse ante una Oficina semejante a fin de que le sea debidamente acreditada su femineidad? ¿Por qué debería yo –o cualquiera– someter su propia masculinidad al escrutinio de, supongamos, una abogada o un sociólogo? Ese sometimiento y ese escrutinio están muy lejos de ser disposiciones antidiscriminatorias sino que, por el contrario, son discriminatorias. Si bien las “organizaciones de la diversidad de género” tendrán un espacio de “consulta y participación” en el funcionamiento de esta Oficina, la lógica de distribución política sigue siendo la misma:

serán hombres y mujeres quienes, en función de su doble adscripción (al género y a la profesión), tendrán como misión juzgar nuestras posibilidades de reconocimiento legal *como* hombres o mujeres.

En segundo lugar, el proyecto nada dice en relación al acceso a modificaciones quirúrgicas y hormonales del cuerpo sexuado. Tratándose de un proyecto sobre identidad de género fundado en la experiencia de nuestras comunidades, este silencio es muy llamativo. No se trata solamente de la idea de una identidad sin cuerpo, abstracta, *desencarnada*; se trata además de una concepción por completo extraña a esa misma experiencia comunitaria. Después de todo, la mayor parte de nosotros/as modificamos de alguna u otra manera nuestros cuerpos, a menudo corriendo riesgos tales como la aplicación de siliconas industriales y la práctica de cirugías, en situaciones por demás precarias. Este silencio empeora cuando se extiende a una tercera cuestión.

De acuerdo a su artículo 8º, el proyecto condiciona el reconocimiento de nuestra identidad de género a la constatación de una experiencia estable y a la persistencia de disonancia entre el sexo asignado al nacer y el sentido como propio. Pero nada dice acerca de cómo harán quienes se resignen a presentarse ante el “equipo interdisciplinario de profesionales” para probar esa experiencia, su estabilidad y su disonancia (aunque sí se dice que “la persona solicitante podrá aportar, a efectos de dicha constatación, todo medio de prueba fehaciente”).

Pero ¿qué pruebas podrán ser esas?. A menos que estemos ante la posibilidad de un cambio radical en el modo en el que somos evaluados/as como miembros/as potenciales del género femenino o masculino, lo más probable es que quienes aceptemos someternos a la vejación de ese comparecer terminemos siendo evaluados/as de acuerdo a nuestra capacidad para encarnar formas estereotipadas de masculinidad y femineidad. Eso significa que, en la práctica, solo aquellas personas que ya hayan accedido a modificaciones corporales capaces de garantizar esa encarnadura del género femenino o masculino, pasarán la evaluación del “equipo interdisciplinario de profesionales”.

Mientras que quienes encarnamos formas no hegemónicas del cuerpo, la sexualidad y la expresión de género, difícilmente podamos acceder al reconocimiento legal de nuestra identidad de género. La combinación de ambos silencios normativos –el de las condiciones de acceso a las intervenciones de modificación corporal y el de los criterios de evaluación del comité–, replica nuestra situación actual de indefensión: sólo quienes encarnan masculinidades y femineidades hegemónicas *pasan*, y el *cómo* de esa encarnación sigue siendo una aventura (o una desventura) individual.

El artículo 11º del proyecto establece que “al acta de nacimiento originaria anterior a la rectificación registral del sexo, sólo tendrán acceso quienes demuestren un interés legítimo”, y esa vulnerabilidad irreducible constituye, a mi juicio, su cuarto obstáculo. Es inconcebible que páginas y páginas de retórica en clave de derechos personalísimos, incluidos la identidad y la mismidad misma del ser mismo, terminen fisuradas indefectiblemente por esa cláusula, la del “interés legítimo” que otros/as (¿quiénes son esos/as “quiénes”?!) pudieran tener en nuestro “origen”. ¿Estaremos alguna vez a salvo del largo brazo

de ese “interés legítimo”, de las contingencias posibles de esa legitimidad?

Los fundamentos del proyecto combinan y procuran integrar los argumentos jurídico-normativos más heterogéneos, incluyendo la consabida formulación del derecho a la identidad como “el derecho a ser uno mismo y no otro”. Ahora bien: ¿quién dijo que el “derecho a ser uno/a mismo y no otro” es traducible como el derecho a ser reconocido/a legalmente como un hombre o una mujer? Uno de los antecedentes en los que el proyecto se reconoce es el fallo de la Corte Suprema en relación a la personería jurídica de ALITT –una organización que reivindica al travestismo como una identidad en sí misma. ¿En qué sentido conceder a una travesti que se identifica como travesti el reconocimiento de su identidad como mujer implica respetar su derecho a ser ella misma y no otra? ¿O es que hombres y mujeres son las medidas esenciales y únicas de lo que el proyecto llama “la mismidad de cada ser humano, absolutamente equiparable a la libertad o la vida”?

El proyecto podrá decirse y hasta creerse, de buena fe, antidiscriminatorio, pero continúa sometiéndonos a un trato abiertamente discriminatorio.

El derecho a la identidad de género es considerado en este proyecto como un aspecto fundamental de nuestra ciudadanía y de nuestra humanidad. Sin embargo, se trata de un derecho cuyo reconocimiento está *condicionado*. Estas condiciones transforman el respeto del derecho a la identidad más en un gesto benevolente que en el respeto, a secas, por una identidad reconocida como debe ser, *sin condiciones*. Por otra parte, al argumentar que el cambio registral es necesario para terminar con la discriminación, también se argumenta, implícitamente, que somos nosotr@s quienes debemos cambiar –y no la cultura que nos discrimina.

Una de las consecuencias más perniciosas de sobrevivir en condiciones de vulnerabilidad extrema es que hasta nuestros aliados/as encuentran aceptables para nosotros/as medidas que serían inaceptables para ellos/as, como para cualquier otra persona. Es por eso que ahora más que nunca es preciso ejercer la facultad de distinguir y valorar distinguiendo: que este proyecto sea, como nos dicen, *posible*, no lo transforma necesariamente en un *buen* proyecto, ni en un proyecto *deseable*; que este proyecto sea, como nos dicen, *un primer paso*, no significa necesariamente que sea un paso en la dirección a la que queremos dirigirnos.

Un proyecto que considere la identidad y la expresión de género desde perspectivas antidiscriminatorias debería hacer exactamente lo que dice: asegurarse de que *ninguna* persona sea discriminada *de modo alguno* por cómo se identifica y/o se expresa en términos de género, *cualquiera* sean sus datos registrales. Después de todo, y mal que les pese a quienes la administran, la palabra de la ley no nos dará mágicamente la posibilidad de *pasar* desapercibidos/as entre hombres y mujeres al nombrarnos, legalmente, como hombres o mujeres.

¿Nadie oyó gritar a Naty?

Natalia Otamendi fue atacada por una patota en un pasillo de la villa Puerta de Hierro. Estuvo tirada casi diez horas y sólo logró la solidaridad de una mujer. Su caso no es aislado. Hace unos meses, una travesti y su hermana fueron golpeadas por empleados de la estación González Catán ¿El motivo? El uso del baño. Otras fueron atacadas a la salida del boliche Faro de Laferrere y hubo que hospitalizarlas. Las denuncias no prosperan; las burlas y el maltrato en juzgados y comisarías, sí.

Recibí la noticia de que una joven travesti de Laferrere había sido golpeada brutalmente en la villa Puerta de Hierro y que había sido internada en el hospital Güemes de Haedo. Se llama Natalia Otamendi. Inmediatamente fui a verla, pero cuando llegué al edificio de arquitectura antigua, rodeado de un gran parque, me propuse localizarla, pero las cosas no fueron tan fáciles. Luego de recorrer los anchos y extensos pasillos, di con la ventanilla de informaciones, y allí me encontré con el primer inconveniente: estaba registrada con el nombre que figura en su documento. Una vez más habían vulnerado el derecho de una persona a ser llamada por el nombre que eligió. Recientemente, en la provincia de Buenos Aires fue firmada la resolución número 2.359 que exige respetar el nombre de identidad de travestis y transexuales en los hospitales públicos. No fue este el caso.

Finalmente pude ubicar a Naty y me dirigí al primer piso, al servicio de traumatología. Una enfermera de voz aguda y enérgica me ayudó a encontrar la sala. Frente a la puerta de una amplia habitación, vi a lo lejos una mano levantada en señal de bienvenida; enseguida me di cuenta de que se trataba de Naty. Su cama estaba pegada a un gran ventanal. Lo primero que vi fue la pierna que le habían roto, estaba sostenida por un aparato metálico. Naty me recibió con un gran abrazo, agradecida de que estuviera allí. Entonces comenzamos con la entrevista.

—Soy Natalia Otamendi, vivo en La Matanza de Laferrere, pero voy con frecuencia a la Villa Puerta de Hierro, a visitar a otras travestis amigas que viven allí. El día lunes 8 de octubre por la madrugada, cuando venía de regreso, fui atacada.

—¿Qué pasó exactamente?

—Esa noche, más o menos a las doce y media, yo venía caminando por el pasillo y de repente siento una voz que me dice: “¡¡¡Eh puto!!! Te dijimos que acá no te queremos ver más”. Eran unos pibes que paran en la esquina del “tranza”.

—¿Vos los conoces?

—Sí. Son del barrio. En varias ocasiones me habían pegado o escupido. Otras veces me tiraron piedras.

—¿Hace mucho que te hostigan?

—Sí, hace como un año. No es que no me conocen, sino que ya me agarraron de punto por ser travesti. A ellos les molesta verte caminar libre.

—¿Después del insulto qué pasó?

—Yo no me callo nunca, entonces les grité que eran unos giles y que le hagan la guerra a la “yuta”. Entonces me empezaron a correr.

—¿Cuántos eran?

—Los que me corrían eran dos.

—¿Te pudiste defender?

—Sí, pero yo no tenía nada. Uno tenía un palo y otro un hierro. Me alcanzaron y me empezaron a pegar. Yo sólo atinaba a dar

patadas. Intenté sacar de mi cartera una navaja, que siempre llevo, pero no me dieron tiempo a usarla. Quienes trabajamos en la calle, sabemos lo peligrosa que es. Me pegaron hasta cansarse. Yo grité, grité fuerte porque tuve miedo de que me maten. Me daban con tanta saña. Me gritaban cosas como: “Odiarnos a los putos, los vamos a matar a todos”.

—¿Nadie salió de sus casas? El pasillo es chico.

—Sí, después de un rato algunos vecinos gritaban: “¡¡¡Déjenla que la van a matar!!!” Pero desde la ventana nomás. De repente, se escuchó un tiro y parece que eso los asustó. Apenas puedo recordar, porque era tan grande el dolor que sentía en mi cuerpo que no podía moverme. Quedé tirada en el suelo y nadie quería ayudarme.

—¿Cómo que nadie te quiso ayudar?

—Sí, como oís. Nadie me quiso ayudar. Estuve tirada cerca de 10 horas en el pasillo de la villa. De vez en cuando pasaba un chongo y yo le ofrecía un pipazo para que me arrastre hasta la

“La policía pasó con el patrullero por el lugar varias veces. Me vieron tirada, les hice señas y se desentendieron. ¡¡¡Diez horas, loca, diez horas!!! Me miraban y me ignoraban”.

avenida, pero me acercaba un tramo y me dejaba. La gente pasaba y se desentendía. Yo les pedía ayuda, pero ellos sólo miraban, volteaban la cabeza y seguían. Había cosas más importantes que darle ayuda a un puto.

Se percibe en Naty algo de rencor.

—Entonces pasó una chica y le pedí ayuda. Pero la mina va y les avisa a los gendarmes que están a una cuadra y media, en la estación de tren de Villegas. Los tipos se acercaron, miraron de lejos y se fueron. La policía pasó con el patrullero por el lugar varias veces. Me vieron tirada, les hice señas y se desentendieron. ¡¡¡Diez horas, loca, diez horas!!! Me miraban y me ignoraban. Si no hubiese sido una travesti la que estaba tirada, no sé si hubiera estado diez horas ahí.

Su rostro expresa cierta angustia.

—Pero ya era de día ¿no? Entonces había más gente en la calle.

—Sí, ya era de día. Por fin llegó una mujer, que fue la única que se dignó a ayudarme, y logré llegar a la avenida. La mina llamó a la ambulancia. Se quedó al lado mío, me agarró de la

mano y me contó que al hijo le pasó algo similar. Se portó bien y ni el nombre me acuerdo. El caso es que la ambulancia nunca vino. A eso de las diez de la mañana, ella me dijo que la espere y vino con un remis. Después me contó que tuvo que mentir que iba a buscar una mercadería. Porque cuando ella decía que era para llevar a una chica que estaba herida en los pasillos de la villa, nadie la quería llevar.

—¿Qué te dijeron los médicos?

—Los médicos me dijeron que tengo un traumatismo de fractura de fémur con desplazamiento. Tengo un dedo fracturado y la cabeza abierta. Pero lo más serio es lo de la pierna. No sabés cómo duele esto. Ahora están esperando la sangre para operarme porque tienen que ponerme cuatro clavos en el fémur.

—¿Hiciste la denuncia?

—Sí. Ese día que me pasó todo, vinieron dos policías que estaban de consigna, me tomaron los datos y me dijeron que me iban a llamar. Pero hasta ahora nunca me llamaron a prestar declaración.

Posteriormente, Natalia fue operada. Aún no puede caminar y tiene que ser intervenida nuevamente. Su caso no es raro. Es sólo una muestra de los hechos violentos que sufren cotidianamente las personas travesti en el conurbano bonaerense. En estos últimos tiempos, la violencia ha recrudecido. Luego de lo sucedido a Naty, dos meses después se produjeron otros dos hechos. Uno de ellos, en una estación de tren. ¿El motivo? El uso del baño público. Varios empleados de vigilancia de la empresa ferroviaria golpearon brutalmente a una travesti y a su hermana en la estación de González Catan. La denuncia por daños agravados quedó radicada en la fiscalía N° 3 del departamento judicial de La Matanza (causa N° 7919). Las víctimas quieren preservar su identidad.

El otro incidente ocurrió a la salida del boliche “El Faro” en Laferrere. Una de las chicas terminó hospitalizada con graves lesiones en el cráneo. Por lo general, si la persona decide realizar la denuncia, siempre encuentra obstáculos. La policía suele elaborar las actas a favor de los agresores. En los juzgados, es común tener que tolerar burlas o interrogatorios por parte de los empleados. Por eso, muchas optan por no seguir con las denuncias.

Esta situación crea un clima de impunidad para quienes ejercen violencia contra las personas trevestis. Es necesario recordar que las víctimas de violencia, más aún de esta magnitud, ven afectada su salud física y psíquica y es muy difícil poder salir del trauma. La organización M.A.L. (Movimiento Antidiscriminatorio de Liberación) solicitó la intervención —en estos tres casos— de la defensoría de La Matanza en una reunión que se llevó a cabo con la Defensora del pueblo Silvia Caprino el día 14 de diciembre de 2007.

Por Diana Sacayán
Militante de M.A.L.

Cuéntame tu vida

Andrea odió a su madre porque la obligaba a vestirse de hombre: ahora es La Mami y cria a un grupo de travitas en la dureza del conurbano. Katia convirtió su vida en una novela para evitar un destino de fantasma en su pueblo de Corrientes y Naty se enamoró de la televisión antes de hacerse travesti. Ninguna de ellas es parte de una historia de folletín aunque podrían serlo; son historias tan reales como la tuya.

Si querés contar la tuya escribinos a:
ALTOTEJE@GMAIL.COM

No cualquiera es correntina

Yo nací en el campo, a treinta kilómetros de Goya, en Corrientes. Soy el mayor de ocho hermanos. Mi papá era encargado de una estancia y seguramente soñaba con tener un hijo *así como él*, que montara a caballo, supiera de aperos, comprar monturas, arriar el ganado. Pero yo ya desde los trece años era totalmente diferente. Todos los demás chicos de mi edad estaban "en la que tenían que estar" mientras que yo me sentía una mujer. De hecho ayudaba a mi mamá en la casa, cargaba con mis hermanitos más chicos, los cuidaba, los bañaba, mientras que los mayores ya salían al campo a cargar con los terneros, a bolear vacas.

Mi padre era muy machista y culpaba a mi madre de cómo era yo; ella cargó en su momento con un terrible problema del que en esa época ni siquiera se hablaba ni se veía. Por eso yo siempre digo que fuimos dos los que sufrimos –cuando él *se dio cuenta*, yo tenía 9 o 10 años–, porque le decía a mi madre: "Vos estás haciendo que tu hijo salga *monflórico*". Yo no sé qué palabra es esa, ¿para mí que es guaraní!

A los trece años, decidí irme a Goya porque quería incorporarme en el ritmo de la ciudad, en el *glamour*. Entonces empecé a trabajar de mucamo cuidando a los niños de los patrones de mi padre. Después trabajé en un restaurante muy bueno, donde todo el mundo me conocía. A los dieciséis años me enamoré por primera vez. Era un hombre mucho mayor que yo y me hizo realizar mi sexualidad.

Ahora, si me preguntás si probé con una mujer, ¡sí! ¡fue un Asco! (perdón). ¡Pero quería saber! ¡Ser normal! Imaginate que en Goya no existían los gays, mejor dicho, no se los veía; y si había alguno por ahí, ni lo mirabas porque para hacerte amigo, tenías que exponerte mucho. Todo es muy visible en un pueblo y si pasaba algún grupo de muchachos, seguro que te gritaban semejantes barbaridades.

Yo tenía un primo –que ya no vive–, que un día me dijo: "¡Nunca te vi con una chica!" Creía que a mí lo que me faltaba era vencer la timidez porque cuando yo estaba con mi tía y con él yo me *hacía el chico todo bien*. Fue mi primo quien me llevó con una chica. No pasó nada pero se ve que ella no le contó. En esa época, empecé a pensar que si quería llegar a algo tenía que exigirme, porque lavando pisos y fregando ropa no iba para ningún lado. Yo me decía "¡¡¡jtenés que hacer un esfuerzo para ser alguien!!!", yo misma me ayudaba en mi autoestima obligándome a tener una meta.

Y creo que, para lo que soy, logré bastante. Porque yo me vine a Buenos Aires sin ninguna preparación. ¿Cómo lo logré? Invertiendo todo el ahorro que tenía para bailar en una comparsa de la ciudad de Goya. Fue ahí donde me solté y pude expresar todo lo que yo sentía y vivía, y debo de haber desfilado con tanta fuerza y tantas ganas que la comparsa en la que participé ganó, y el premio era venir a Buenos Aires para bailar en la Rural. Yo era el bastonero y estaba *en gay* todavía pero ¡faltaba poco!

Cuando llegué, fue un impacto total. Yo me dije: "Esto es lo que a mí me gusta". Volví a Goya y me quedé dos años más trabajando en el restaurante. Ahí había un cliente que era visitador médico (muy lindo chico, yo había tenido un *filito* con él) y me decía: "Buenos Aires te va a cambiar, yo te puedo ayudar". Entonces era difícil como ahora, pero al menos había trabajo, podías estudiar.

Así que me vine a Buenos Aires con este chico, que se llama Walter, y empecé a trabajar en una rotisería en Bulnes y Las Heras. Y ahí cerca estaba la peluquería de Oscar Fernández, al que yo le tenía mucha admiración. Yo entonces pensaba en ser peluquera o diseñadora de moda porque me atraen mucho los trapos. Nunca me voy a olvidar de un amigo gay que trabajaba con Oscar Fernández y me dijo: "Mejor hacé la carrera de peluquera porque con esa profesión nunca te vas a morir de hambre". Y él me acompañó a APIA en donde me recibí.

Recién después de que me armé del oficio y abrí este local en el Once, decidí ser lo que soy. Pero antes tuve que trabajar mucho con todo el entorno familiar y la clientela que me armé en el barrio. Al principio, cuando el local se llamaba *Catalino*, siempre me comportaba como unisex pero mandaba más la parte femenina. Por eso hasta hoy ni se me ocurre ponerme un pantalón, porque si me pongo un pantalón pienso que voy corriendo para atrás –eso en mi cabeza, ¿no?

Algunos clientes reaccionaron bien. ¡Pero hay uno del que lamento mucho su ausencia en mi local! Yo había hecho muchos desfiles y el cierre siempre ha sido con

mi transformación. Ese era el brochecito. Y este señor estaba acostumbrado a verme en una pasarela, en donde estaba todo ok porque lo asociaba con el profesionalismo. Pero el día que vino y se encontró con una señora muy elegante, vestida de largo, de taco, pollera y maquillada –siempre sin dinero pero ¡soy así!–, rodeada de sus tijeras, secadores y cepillos de *brushing*, le resultó muy duro. Entonces me dijo: "Me parece que nos enloquecimos", pero con una expresión agresiva. Yo le contesté: "Mirá, si vos lo tomás así te voy a respetar, a lo mejor te fastidia, pero qué lástima, porque yo toda la vida *me sentí así*". Sólo que, como para todas las cosas, necesité un tiempo para hacer la inversión, sino desde antes ya hubiera estado de este modo". Y no vino nunca más, desde hace seis años. Claro que tengo otros clientes que están enamorados de mí y que hasta mandan flores para mi cumpleaños y para el Día de la Mujer.

He luchado mucho, pero ahora siento que mi madre está orgullosa de esta realización mía y mi padre también. Y qué raro: ahora de grande tengo nostalgia del campo.

Me fascina el chamamé, que es la música que escuchaba en mi casa, de chica, todavía lo escucho y se me eriza la piel. Me encantan *Los alonsitos* y *Los hijos de los barrios*. En mi local, yo atendía a una animadora de *la movida* que un día me dijo "vení que te va a gustar el ambiente". Y fui. El lugar se llama *Joya Disco*. Entré y estaba lleno pero no conocía a nadie. Ella entonces me presentó desde el escenario. De pronto vi a un muchacho con aspecto de señor guapo que me miraba y me miraba –después me dijo que había pensado "esta mujer tan elegante debe ser una estanciera, la voy a invitar a bailar". Salimos y bailamos toda la noche. Y se transformó en una

cita de los domingos a la tarde para bailar chamamé porque creo que, más allá de lo que podía pasar y de lo que había que aclarar, lo que nos unía era el baile. Y además teníamos muy lindas conversaciones, pero cuando llegaba el momento de definir, yo rechazaba la cita. Y el seguía persiguiendo a esa mujer elegante, no la quería dejar escapar, me invitaba y me invitaba, y yo nada, que no y que no.

Hasta que un día me decidí. Habían pasado como tres meses y me pareció que el mejor lugar para encontrarnos por primera vez era el negocio. Cuando vino, me di cuenta de que *no me sacaba*, no tenía clara mi condición. Ese día lo recibí a cara lavada como para que se diera cuenta. Llegó. Cerré el negocio y en un momento el muy atrevido me dijo: "Nena, me muero por

besarte". "Me parece que es mucho lo que me pedís. Yo no voy a permitir eso", le contesté. "¿Pero cómo que no?", me dijo y se quedó mal. Entonces le dije: "Antes, yo quiero que vos *me observes bien* y cuando yo te de a entender lo que soy, voy a aceptar un beso y mucho más".

Después me confesó que había tenido una duda. Había pensado: "Esta mujer es rara, tiene una fuerza cuando baila, que me cuesta manejarla. Para mí que es lesbiana". ¡Que gracia me dio, pero seguía sin asociar al travesti! Entonces en un momento se lo dije; se asombró pero enseguida estuvo todo ok. No arrugó. Y hoy siento que estoy con un hombre que tomó todas las decisiones, porque personas como yo hay miles pero un hombre como él que te acompañe, que se enfrente a esta sociedad, en el mundo *chamamecero* que es tan prejuicioso, es un milagro.

En 18 años hice muchas cosas. Compré una casa muy linda en Corrientes para mi familia en donde tengo mi lugar cuando voy, frente a un lago. Mis modificaciones físicas me han llevado una buena inversión. Ocupo un lugar en este barrio con una clientela muy importante. Puede decirse que soy la señora Katya Romero. Antes usaba el *Catalino* como apellido, porque yo no lo quiero tomar como nombre de hombre sino con un "la". Al nombre *Catalino* quiero conservarlo porque es tan nuestro, tan de Corrientes. Cuando llego a Goya, mucha gente dice "llegó *La Catalino*". Además, cuando yo realizaba los desfiles ponía unas banderas que decían *Estilo Catalino* que pega y suena. Con el Katya, me propuse irradiar un sello de respeto y eso es lo que recibo. Hay un tema *chamamecero* que me encanta y que se llama *No cualquiera es correntino*. Yo me identifico mucho con esa letra. Hoy soy *una correntina* pero también tuve que tener mucho coraje para llegar a serlo.

Por Katya Romero

La Mami

Me llamo Andrea, tengo cincuenta y seis años, y vivo acá, en José C. Paz con mi madre que es quien me está ayudando a salir un poco adelante. Tengo chicas viviendo conmigo a las que les cobro la diaria para sobrevivir porque estoy un tanto enferma; todas estamos en el mismo lugar de trabajo, a veces, que es la ruta y no queda otra que la prostitución.

Si tengo que pensar cuándo empezó todo, como en un mal sueño, pienso en los seis años de edad. Empecé a vestirme de mujer de muy chiquita porque sólo había mujeres en mi casa. Vivía en Beccar, en la zona residencial, con mi mamá, mis tías y mi abuela que fue la que me crió, me dio todo el cariño de madre, de padre; me compraba todo lo que quería, porque mamá era como una hermana para mí; siempre el sostén fue la abuela. Mamá nunca me aceptó; quería que mantuviera una apariencia de hombre. Nunca iba a aceptarme. Con mi abuela en cambio todo era distinto, me daba plata, y hasta el último momento de su muerte siempre quiso dejarme un dinero para mí.

Un día, como a los trece, decidí irme de mi casa. Una tía mía me gritó “puto” y me dijo que le iba a contar a todo el mundo cómo era yo; por eso agarré un bolso y esa noche dormí en una plaza. Dormía en una plaza o abajo de un puente, donde me agarrara la noche, y tenía hambre porque vivía de la basura. Veía a las chicas paradas en la ruta o no sé dónde, y una vez lo que me pasó es que pensé: “Si ellas están paradas, ¿por qué no puedo pararme yo?”

De chica, ya las había visto. Me acuerdo que íbamos de paseo a la casa de unos familiares, cuando vi a un grupo que estaba parado en la ruta, qué se yo qué eran en realidad, pero mi abuela me dijo que no, que eran travestis, homosexuales. Siempre me dijeron que yo era muy inteligente, y siento que por eso no tuve miedo, cuando siento algo, lo siento y lo hago, salga como salga. Y esa vez me animé.

Apenas empecé, noté que tenía plata y que ya podía a hacer algo. Lo que más me impactaba de las travestis era que estaban todas siliconadas, y yo quería tener esas tetas, esas caderas, esas caras, ese cuerpo, era lo que más aspiraba. Como era jovencita y flaquita dentro de todo, mi cuerpo también impactaba. Eso me provocó muchos roces y peleas con las chicas porque yo era la que más trabajaba y era un poco shockeante más para ellas que para mí.

En ese tiempo, pagábamos la plaza y vos tenías que pagar si o sí, o te mataban a palos. Las cosas no eran como son ahora, no había conciencia de género, había más desunión que unión. Cuando alguien organizaba una fiesta, por ejemplo, todo terminaba mal porque siempre había una mal colocada que de pronto se acordaba de lo que fulana le hizo tal día y ahí cobraba.

Pero yo la pasé mal hasta que conocí a una amiga, la Negro Miguel que me enseñó todo, y me defendió en la ruta también. Me cobijó en su casa y hasta me dio mis primeras tetas ¡a cambio de la heladera de mi mamá! Sí. Eso pasó porque un día, voy a ver a la Negro, y me comenta que su padre estaba enfermo y que necesitaba insulina. Mi mamá se había comprado una heladera tres días antes. Y yo le dije a la Negro: “Bueno, vení que yo te doy la heladera y vos me pones los pechos.” Cuando mi abuela llegó a casa casi se muere. —¿¿Y la heladeeera?? —me preguntó.

—Acá —le dije—, está en mis pechos.

Pero lo acepté. Al principio yo vivía poniéndome una remera escotada que me tapara sólo la punta de los pezones y que todo el mundo viera que tenía tetas. No quería que me vieran como un hombre, quería que vieran mis pechos, eso quería. Para los hombres fue un shock, me parece porque todavía tenía el pelo corto y con tetas, pero ni me fijaba en lo que decían. Sentía que por fin era yo. Sabía que me ponía en contra de mi familia pero no me importó. Lo único que me importó fue mantener un estatus hasta que murió mi abuela. Una vez que murió, fui yo. No me interesaba ni mamá, ni mis tías, ni mis tíos. Sólo mi abuela. Con mis primeras tetas traté de cuidarme para no lastimarla, pero ella me llevaba a comprar los vestidos para que fuera a la murga o a los cumpleaños. Por eso digo que mi abuela vendría a ser como una travesti mas para mí, ella me cubría todo, ella misma me decía: “Yo te compre este vestido para que vayas con los tuyos, con tu ambiente”; “Andate, vestite”. Y aunque era muy chapada a la antigua conmigo fue muy liberal.

Antes de volver a la casa de mi mamá, al final pasaron diez años. Cuando volví a verla, yo ya era muy distinta y ella estaba en pareja con un militar. Creo que terminó aceptándome por él, y eso que él quería que yo viviera la vida de hombrecito, pero no pudo, también tuvo que aceptarlo.

Con la Negro Miguel y trabajando, junté dinero para terminar de armarme. Viví las transformaciones de a poco, con mucho sacrificio y también me jodieron porque pensé que me iban a poner silicona y me pusieron vaselina, por eso es que ahora estoy sufriendo las consecuencias mientras me hago vieja.

Como en todos lados, en la casa de la Negro había un poco de todo; éramos diez y vivías pagando la diaria. Teníamos nuestras peleas, y siempre alguna venía mal enganchada, pero tenías que pararte y enfrentarla. La Negro no te dejaba llegar al extremo porque pegaba dos gritos e imponía su autoridad. Y hacías caso porque al tercero, preparate a cobrar. Eso fue lo que más me enseñó, un poco a los golpes. Élla misma no dejaba que decaigas, tenías que tener un tope de plata siempre; la diaria y no dejarte basurear por ninguna. Siento que así me fui dando calle, preparando para pararme en los mejores lugares de la Panamericana a altura de Munro donde estaban las travestis más grandes. Vos no podías parar ahí sino era a través de ella. Ahora las cosas cambiaron, cualquiera es travesti, si quieres, pero en esa época, para pararte había que pensar un montón. Si yo me gané el respeto, fue porque nunca me dejé pisar la cabeza, siempre me enfrenté como sea y así tengo la cabeza rota, los brazos lastimados. Pero al estar asociada a una travesti mayor, vos tenías una protección porque ella tenía una zona y no te tocaba nadie. Si alguien te tocaba, salía con siete u ocho más a reventarle la casa o a cagarte a trompadas. Ahora no tenes respaldo de nada pero las maricas buscan a las travestis mayores para eso.

Con el tiempo, yo también me alquilé una casa chiquita. Y en una plaza, una vez me encontré a una mariquita jovencita, de 14 años. Estaba zaparrastrosa, piojosa, tirada en la calle. Su familia la había dejado cuando se enteró de que era homosexual, me dijo. Sin pensarlo, me la llevé a vivir conmigo; le enseñé lo que era la calle, la preparé para que se arreglara. Ella empezó a decirme “Mami” a mí, y luego trajo a una amiga y también me dijo “Mami”. Detrás, llegaron más, y desde entonces comencé a ser la Mami.

¿Si todo esto es una vuelta a los 13 años de edad? No lo sé. Me da mucha lástima cuando una marica está en la calle y tiene que vivir bajo un puente o que esté pasando una experiencia como yo.

Por Andrea Cepeda

Cómo travestirse y no morir en el intento.

¿Cómo explicar cómo uno se hace puto? ¿Cómo explicar cómo uno empieza a travestirse? Mejor no explico nada, solo se me ocurre enumerar una serie de sucesos que hicieron que yo termine caminando por la ciudad con pollera y tacos, además de otros factores más complicados que no están al alcance de mi boca explicar.

Trava ¿se nace o se hace? Yo me hice, y encima *travesti tardía*, llegando casi a los 30 que en general nunca pasa (son raros los casos, el travestismo se deja ver desde que las chicas son chiquitas y van evolucionando). En general las travestis son de clase baja, yo soy de clase media y nunca se me hubiera ocurrido que iba a terminar haciendo y disfrutando de vestirme permanentemente de mujer hecha y derecha... o hecha y deshecha (depende el día o el caso).

De chiquita me colaba en la casa de las muñecas del jardín de infantes y una maestra que observó mi putez naciente llamó a mi mamá para decirle que me lleve urgente a una psicóloga. Mamá me llevó en plena época militar a un consultorio donde recuerdo que una mujer con cara de vinagre de alcohol me dio a elegir entre una muñeca y un autito. Entonces yo, con cara de deseo desenfrenado porque quería la muñeca, opté por el rodado. Puto pero no tontito. Conclusión: la psicóloga aseguró que la maestra estaba equivocada y yo no tenía nada, ni un ápice de putez. ¡Excelente profesional esa señora! ¡Qué ojo clínico!

Ya la segunda vez que mi mamá me mandó a la psicóloga, yo era adolescente —tendría unos 15 años. La psicóloga me explicó que yo no tenía problemas de identificación sexual y debíamos hacer terapia familiar. Yo llegué a casa y dije sonriendo: ¡TENEMOS QUE HACER TERAPIA FAMILIAR, MA!

Ella me miró con cara de odio y fuego en los ojos gritándome: ¡ni yo ni tu padre tenemos que ir a ninguna psicóloga porque nosotros no estamos locos ni somos enfermos! ¡NO-VAS-MAS!

“Mamá me llevó en plena época militar a un consultorio donde me dieron a elegir entre una muñeca y un autito. Opté por el rodado: puto pero no tontito.”

Así empezaba mi pesado camino de identificación sexual creyendo que, además de puto, estaba loco y enfermo. ¡Qué vida solitaria me esperaba! Me daba miedo.

Pensando, pensando, cuando fui creciendo y sintiendo mis cambios progresivos, llegué a la conclusión de que yo me había hecho maricón entre otras cosas por la televisión, por los medios de comunicación. ¿Cómo no quieren que salga puto si me crié con *El libro gordo de Petete*, con esa vocecita de putito pájaro? ¿Qué era? ¿Pájaro, codorniz marica, pingüino trans? Nunca lo supe. Encima el nombre “Pete”... Una viene marcada a fuego por la vida. Entonces, si una revisa mi historia de vida ¿cómo no voy a ser puto? ¿Qué querían? ¿Que sea mecánico del automotor?... ¿Hachero en el Chaco?

Mis preferidos de los dibujitos eran por supuesto *La Pantera Rosa* porque me hacía acordar al rosa Dior que me gustaba tanto; *Los Autos Locos*, donde yo me sentía Penélope Glamour o —para disimular, porque si no ya era demasiado— Pedro Bello; *Heidi*, niña virgen y sufrida si las hay, con un pendejo al lado, el buenito de Pedro que no le tocaba ni una teta en la soledad de la montaña donde nadie los veía. Heidi, seguro era torta y le hacía el cunilingus a la Clarita...

Las series de televisión no se quedaron atrás en mi camino travestor. ¡*Los Ángeles de Charlie*! Ja ja ja... y yo quería ser Jacqueline Smith, no Farrah Fawcett, ni Kate Jackson llamada Sabrina Duncan... esa era re torta.

Miraba *Los duques de Hazzard* y a los de Chip, vestidos con pantalones apretados marcando paquete en camioneta o en moto, parecían un estereotipo de película porno gay.

Y para coronar esta enumeración televisiva, no puedo dejar de nombrar a la reina de las maricas delirantes que fantaseaban con ser ella... WONDER WOMAN, nuestra amada Mujer Maravilla. El puto no quería ser mujer... ¡Quería ser mujer MARAVILLA! Jajajajaja. Queríamos el lazo de la verdad porque éramos unas chusmas de mierda, el brazaletes que le impedía tragarse alguna bala, EL AVION TRANSPARENTE... ¡Nooooooooo!... Lo que le costaría encontrar dónde lo había estacionado si era invisible... y limpiarle la cagada de los pájaros. ¡Juaaaa! Ese guión lo hacía un marica fumado.

Y no tengo más que reírme de esta triste situación de ser llevada a algo tan fuerte como la elección sexual por un medio de comunicación, jejejeje. Y no sólo la televisión colaboró... también la música. Ponele Maria Elena Walsh con *El reino del revés*... ¡como para que una salga derechita!... Pipó Pescador con ese gorro con pompón y que decían que era maestro jardinero. ¡Vamos de paseo pipipi en un auto feo, pipipi, pero no me importa, pipipi, porque llevo torta! ¿Qué? ¿Iba con Ellene DeGeneres al lado que llevaba torta?... Dios mío...

Yo pasé mi adolescencia, esa etapa donde el puto empieza a hacer sus primeros hervores, con el culo a vapor escuchando Sandra Mihanovich cantando *Soy lo que soy*... a Celeste Carballo. Y *Village People* ¡por Dios! Parecían salidos del colegio Nuestra Señora de las Maricas Rotas... Estaría en cuarto grado y ya me volaron la cabeza.

¡Como para no hacerme puto!... ¡Como para no travestirme!

Y puedo seguir enumerando sin cansarme y ya se me hace tarde: Madonna. Michael Jackson. Jimmy Somerville...

Pero bueno... la vida sigue y, si uno no disfruta de lo que lleva como mochila, el peso se torna insoportable.

Y para terminar afirmando algo que me costó entender, mis queridas lectoras, les digo:

Algunos al verme no podrán creerlo.

Pero lo único que vale...

Es que soy travesti...

Y me gusta serlo.

Por Naty Menstrual



Por Taddeo C.C.



Sexo sentido

Desde que bajaron los barbudos de Sierra Maestra para contagiar en Cuba el dengue de la revolución, no se había visto nada más impactante. Era el IV Congreso Cubano de Educación, orientación y terapia sexual, bajo el lema “Por el derecho a la libre orientación sexual e identidad de género”. Taddeo C.C. fue, se bebió mojito tras mojito, bailó conga –aunque no lo admite– e hizo la crónica, perdiendo bastante ese estilo de hombre de ley –tan propio– que está redactando un pedido de habeas corpus.

Había que tener ganas para embarcarse en el vuelo 1321 de Cubana a las 03:10 de la mañana, con stop en Córdoba. Y yo tenía ganas.

Cuba como destino. Sentimientos contradictorios en los que predominaba la insistencia en el placer, el disfrute de las calles de La Habana Vieja y de la gente, los sabores y la música... Y claro, la persistencia de la utopía. Al rescate de lo mío y lo de ellos, atrapado en el desenlace equivocado, al rescate de lo mejor de ellos y lo mejor de mí.

Entre el 15 y el 18 de enero de 2008, Mariela Castro Espin, el Cenesex (Centro Nacional de Educación Sexual, dependiente del Ministerio de Salud) y creo que Cuba entera, celebraban el IV Congreso Cubano de Educación, orientación y terapia sexual bajo el lema “Por el derecho a la libre orientación sexual e identidad de género”, en el Palacio de Convenciones de La Habana.

Con unos cuantos ejemplares del primer número de *El Teje* como cartas credenciales, me proponía celebrar también. Si se iba a dialogar sobre aspectos sociales, jurídicos y otros acerca de la transexualidad, yo tenía que estar ahí.

Cuando llegué (más que tarde, el vuelo saltó alegremente sobre el tiempo estipulado), ya estaba en curso el Primer Simposio: La Transexualidad en Cuba. En el estrado disertaba la española Cristina Garaizabal Elizalde. Mariela Castro, anfitriona, directora del Cenesex, presidenta del comité organizador, coordinadora y conferencista, también estaba allí.

Vamos a aclarar los tantos. Me gusta Mariela Castro Espin. Le creo. Me gusta ella, su estilo, su capacidad de diálogo, su serenidad. Me gusta que le guste moverse al compás de la conga... y que me haya dejado con la palabra en la boca para ponerse a bailar (¿qué puede hacer un reportero frente al ritmo cuando se trata de una chica con raíces en Santiago de Cuba?).

Había logrado acercarme a ella para entrevistarla. Me había dicho que me recordaba de Buenos Aires (Mariela siempre escucha y responde puntualmente). Pero no pudo ser. Fue más fuerte la necesidad de sumarse a esa rueda colectiva, contoneada y alegre, que se estaba armando.

“Oigan santiagueros, sigan adelante”, martillaba la letra y Mariela seguía bailando, sonriendo, alzando los brazos, cuerpo a cuerpo con especialistas venidos de toda Cuba, ausentes de cualquier formalidad, expertos también en ritmo, junto con representantes de todo el arco de la diversidad.

“Que no me quiten la conga que es rica y barata, y la cucaracha baila con la gata”, apunta la letra. Me sumé al coro: “Oigan santiagueros, sigan adelante...”. Alcancé a ponerle el primer ejemplar de *El Teje* entre las manos. Sobre ese cuerpo sensual, portador de una inteligencia vivaz y de un espíritu liberal, pesan todas las expectativas y todas las sospechas.

LA SOBRINA QUEER

Se llama Castro. Es hija de Raúl Castro y de Vilma Espin y, para bien y para mal, representa a la Revolución.

Mariela ha acuñado una frase: “Ser homosexual, bisexual, transexual o travesti son formas de expresión de la Diversidad Sexual, como lo es también la heterosexualidad”, pero una y otra vez debe responder por las injusticias de la política cubana hacia esa diversidad. Sin embargo, nadie niega que la labor del Cenesex, que lidera el trabajo teórico, metodológico e investigativo que sirve de base a la política cubana de educación de la sexualidad, y desarrolla recursos humanos a través de un sistema de educación profesional

permanente, ha ayudado mucho a revertir la oscura situación vivida por la comunidad LGBTI.

El Cenesex cuenta con Comisiones Provinciales y municipales de Educación Sexual en las que intervienen cuatro Ministerios, la Federación de Mujeres Cubanas, el Instituto Cubano de Radio y Televisión, y los gobiernos locales. Se ve que poder no le falta y bienvenido sea cuando “Sexualízate” (invitación sorprendente en un organismo del Estado y entusiastamente si las hay) es una de las secciones de su página web.

Si el orden de las cosas representa algo (y así lo creo), apunto que el simposio “La Transexualidad en Cuba” fue el primero, sólo antecedido por la inauguración del congreso. De los cuatro cursos “precongreso”, dos se centraban en la identidad de género. Los otros dos trataban acerca de disfunciones sexuales... Y bueno, no todo es ritmo.

Protegido por grabador, cámara, carpeta y credencial de participante, instalé mi desaliñada presencia (qué podía esperarse de un vuelo tan largo...) en la amplísima sala 3, la más grande del Palacio de Convenciones.

De lejos, se veía que había muchos más “especialis-

Diversidad: Mariela Castro Espin es hija de Raul Castro, y ha acuñado una frase célebre: “Ser homosexual, bisexual, transexual o travesti son formas de expresión de la Diversidad Sexual, como lo es también la heterosexualidad”, pero una y otra vez debe responder por las injusticias de la política cubana hacia esa diversidad.

tas” en transexualidad que transexuales. Los primeros se habrán llevado la experiencia de acercarse, al menos por una vez, a alguna o alguno de los segundos. El “objeto” de estudio deviniendo sujeto, compañero de panel, tertulio, pareja de baile.

Como dijo Flavio Rapisardi en un aparte: “Otra cosa hubiera sido en Buenos Aires...” Y sí, ahí las chicas hubieran ocupado todo el espacio. No obstante, las secretarías de cada tramo del simposio eran mujeres trans, codo a codo con los expositores.

Yo me perdí a la morena Belkis Romero del Valle (estuvo a la mañana), pero pude apreciar a Wendy Iriepa Diaz que tomó la posta de la tarde. En la sesión “Diálogo Libre” (diálogo entre pares, verdaderamente libre y sentido, directo y movilizador), que tuvo lugar casi al final, iban a descollar la maravillosa Mama y la refinada Olivia Lam Sanz, Angely (tan etérea en su figura como sólida en su cabeza). Conocer a esas mujeres hubiera sido ya motivo suficiente para ir al congreso.

Yo iba preparado para escuchar nociones antediluvianas. Que yo recuerde no las escuché sino de participantes foráneos. No me pidan que los señale. Todo el mundo era abrumadoramente simpático y no creo que sus convicciones (algunas de un acientificismo notable) hayan sobrevivido a este congreso. Bueno, digamos que los venezolanos (que nos esperan en Margarita) no lucieron precisamente amplios en su intento de diagnosticar “transexualidades verdaderas”.

El Cenesex, con Mariela Castro Espin a la cabeza, promovió en 2006 una Ley de Identidad que no superó la instancia parlamentaria. El escollo, la excusa, fue la poca difusión del tema en el pueblo, la falta de consenso de “la gente”.

ALGUNOS BAILAN SÓLO LENTOS

Hoy por hoy se ha deferido el asunto al Código de Familia que está en proceso de reforma, pero las mujeres y el hombre trans con los que tuve oportunidad de confraternizar portaban un documento de identidad que no los desmentía. “Operaciones por el momento no...” (sólo hubo una, hace varios años). Hay una instancia administrativa que “dictamina” quién es y quién no es. Digamos que la palabra y la evidente elección del género no bastan.

No obstante, si los parlamentarios tienen razón (y me parece que algo de eso hay), las instancias de poder y los medios de difusión habilitados van por delante del imaginario popular –poco poroso a la diversidad– pero también por delante de los mismos parlamentarios.

En efecto, el Cenesex y los diarios se hacen eco de los derechos de esa diversidad, pero desde 2006 el proyecto de Ley de identidad patrocinado por el Cenesex está siendo acunado por el parlamento cubano. Acunado y dormido, al menos por ahora.

Los cubanos se regocijan en el sexo en versión lujo-sa pero estrictamente canónica, sin espacio para modelos alternativos. En fin, que no dan por llegada la hora de invitar a todos y todas a la fiesta. Le toca al Cenesex movilizarlos para que amplíen la agenda.

Menos receptivos todavía se muestran, al menos en la percepción y en la experiencia de la gente trans y de los disidentes, los encargados de custodiar la calle. “Tengo miedo...” “Me pueden poner presa.” “Míralos allí en la esquina cómo me miran.” “Voy a creer en ella cuando se suba al camión con el que levantan a gays y a transexuales...” También para ellos se están armando dispositivos de concientización.

Mariela y el Cenesex no están solos. El diario *Juventud Rebelde* de La Habana encabeza una página semanal con el título “Sexo Sentido” (ese, el que yo tomo prestado). Está destinada a difundir

temas y solventar dudas y preguntas de los lectores (“pregunte sin pena”, sugiere amistosamente el diario), y hablan de eso, del sexo concreto, gozoso y reflexivo a la vez, que invitan a compartir. Apoya rotundamente los derechos de las personas transexuales y se hizo presente en el Congreso para hacer oír su voz.

El 19 de enero se titulaba “Transexualidad: Derecho a vivir como nos sentimos”. El enfoque lucía un tanto vetusto pero entrañable: “... puede también que en ese tiempo (hablan del futuro de un chico trans) la sociedad cubana decida sacudirse esos prejuicios, como ya hizo con tantos otros, y llegue a comprender que las personas transexuales son normales, no son enfermas, y sólo necesitan el reconocimiento social de su identidad de género (como hombre o mujer), aún cuando no coincida con la apariencia de sus genitales”.

Vuelvo al Congreso. Yo ya había estado en otros (con otros temas, pero todo se asocia) y sé cómo las gastan en La Habana. No me defraudó. Comimos, tomamos ron y nos bailamos todo. Hice amigas y amigos y la fui de novio por un rato (esforzadamente platónico, que novio ya existía) con una hermosa chica nacida chica, con documentos de chica, claro, que para fortuna mía había acompañado a alguien al congreso.

Los cubanos son cálidos hasta decir basta (y uno nunca dice basta tratándose de Cuba). Escuché a compañeras y compañeros lesbianas, gays y transexuales, y asistentes en general, hablar en blanco sobre negro, con todas las letras.

¿Qué más podía pedirle al cálido enero de 2008? Como extranjero me costó mis morlacos, pero valió la pena.

Del otro lado del mostrador una voz pregunta, ¿quién es el afiliado a la obra social? Y luego, ¿de quién es el documento? Y seguirá preguntando incómodamente una y otra vez por la condición sexual del paciente como más tarde volverá a hacerlo el médico.

Uno

Hoy fui al médico. Fui al que atiende en una de las sucursales de mi obra social, la que queda más cerca de casa.

Llegar hasta su consultorio en el segundo piso fue una odisea. Antes de pedir turno, debía pagar la cuota de enero, pero el importe aumentó el último mes y el efectivo que llevaba conmigo no alcanzaba. Pensé en volver otro día, pero realmente necesitaba ver al médico hoy. Pregunté si podía pagar con la tarjeta de débito, me dijeron que sí, y la pasé por la ventanilla, junto con mi documento. El señor del otro lado me preguntó de quién era la afiliación que intentaba pagar. Le respondí: "Mía". Me preguntó de quién era la tarjeta que intentaba usar: mía. ¿Y el documento? Mío. El señor me respondió que *la* titular de la cuenta debía venir en persona si pretendía pagar *su* afiliación, mientras me devolvía ambas cosas a través de la ventanilla. Soy *yo*, es la *mía*, le respondí, con el tono de quien dice y no dice la verdad... pero tratando de que sonara más a lo primero que a lo segundo. "Soy trans", le dije, y me odié por el dejo de disculpa con el que lo dije. El señor —que a esa altura se había convertido, en mi consideración en "el tipo"— me miró fijamente un momento y usó la tarjeta.

El paso siguiente fue pedir turno. Un tipo distinto. La misma historia. ¿Para quién es el turno? Para mí. ¿Y quién es la titular? Yo. Pero, de nuevo... ¿y cuál es el número de legajo, por favor? ¿Y para quién es entonces el turno? Etcétera.

Podría haber sido peor, por supuesto. Podría no haber podido pagar la afiliación ni conseguir el turno. Y no deja de ser gracioso que, pretendiendo pasar todo el tiempo como un tipo, tenga que introducir al menos la idea de que quizás no lo sea para que hasta mi documento funcione. ¿Y cuándo ya no funcione?

El médico me preguntó por qué no descansaba. Le conté que mi cansancio no era sólo laboral. Le conté la aventura que había implicado subir a verlo. El médico me preguntó: "¿Y qué te dice tu terapeuta?". Tal cual. Ni más ni menos. Qué me dice mi terapeuta.

Me pregunto (se lo pregunté también a él) si en el supuesto caso de que yo estuviera sentado en una silla de ruedas, y el ascensor no funcionara; si subir a verlo hubiera sido lo difícil —que lo fue, pero esta vez en términos más "materiales", más "objetivos"—, si en ese caso, él me hubiera preguntado qué (mierda) me dice mi terapeuta. Y le pregunté también, de paso (y no he dejado de preguntármelo), qué se supone que mi terapeuta podría o debería decirme —de tener a alguien así en mi vida, claro está.

Si la terapia ayuda o no ayuda a convertir la experiencia de ser trans en Córdoba en algo no digo ya disfrutable, sino siquiera soportable, es algo de lo que no voy a ocuparme aquí y ahora. Quizás sí, quizás no. No es el punto.

El punto es que antes de indignarse, antes de compadecerse, antes de bajar corriendo las escaleras para ordenar que nadie maltrate a su paciente ni le complique la consulta, antes de asegurarme que nunca va a volver a pasar, antes de decirme al menos que haría lo posible porque nunca volviera a pasar, antes de putear, de ofenderse, de decir qué mal, qué cagada, qué horror o qué espanto, antes de tratar siquiera de defenderlos, de argüir que la gente no sabe o que la gente no entiende, prefirió preguntarme eso. Qué me dice mi terapeuta, como si el entramado cultural que produce una situación de mierda para alguien debiera ser afrontado individualmente por quien la sufre —con la ayuda, si tiene suerte, de su terapeuta. Porque de ese modo, como el médico me explicó, *uno* se angustia menos ante esas y otras situaciones, *uno* las enfrenta mejor y *uno*, en definitiva, vive mejor. Entonces, la responsabilidad es de *uno*; la responsabilidad de sufrir o de pasarla bien, la responsabilidad de reconocer la violencia o de dejarla pasar. Todo, en definitiva, depende de *uno* —y si algo sale mal es *uno* el único responsable.

Tengo dos problemas con este enfoque de la cuestión (además de no tener terapeuta). Primero: la idea de que la violencia y sus efectos deben ser prioritariamente una cuestión encarada por quienes los sufren (y por aquell@s que puedan brindarles alguna ayuda). Parece sensato, y hasta necesario, pero de paso objetiviza la violencia y la deja tal cual está, algo con lo que hay que lidiar, frente a lo cual las únicas respuestas son las que cada *uno* puede encontrar. Segundo: la reducción de la cuestión a las alternativas de algo que no es más que un destino individual, como si entre la masculinidad que los tipos en mi obra social aprendieron a encarnar y la mía no existiera conexión alguna; como si entre las pesadillas institucionales que me tocan a mí y las que le tocan a tanta otra gente, trans y no trans, esa conexión tampoco existiera. Al preguntar qué dice mi terapeuta, el médico también decía que mi malestar no era ni colectivo ni colectivizable, sólo el malestar de *uno* —esa clase de malestar que no ha de encontrar alivio en el encuentro con tod@s aquell@s otr@s a quienes también molesta.

Por Mauro Cabral

“Podría haber sido peor, por supuesto. Podría no haber podido pagar la afiliación ni conseguir el turno. Y no deja de ser gracioso que, pretendiendo pasar todo el tiempo como un tipo, tenga que introducir al menos la idea de que quizás no lo sea para que hasta mi documento funcione. ¿Y cuándo ya no funcione?”

Dos

Hacia el final de la consulta, el médico volvió sobre el tema. Me preguntó por qué no cambiaba el documento y *ya*. Me preguntó qué era necesario para conseguir el cambio, si *la* cirugía o *qué*.

Le respondí que, en principio, era necesario un diagnóstico diferencial, tal como el de transexualismo verdadero. El médico me miró con incredulidad y me dijo que ¡pero entonces me lo hacía el mismo!, ahí nomás, ¡y *listo!* (realmente hubiera fotografiado su cara de asombro, el asombro de quien se da cuenta de golpe que *todo* es "*tan sencillo*").

Me empecé a reír (el médico, a lo mejor es hora de decirlo, es mi amigo y muy buen médico). Le pregunté por qué se imaginaba él que tener mi vida codificada en los términos de un diagnóstico sería algo menos violento que andar por esa misma vida con mi documento. ¿Cómo es eso de que su masculinidad no precisa diagnóstico y la mía sí? ¡Pero a quién se le ocurre!

¿Tan débiles, tan pobrecitos, tan poca cosa, tan solos estamos que la manera de resolver la violencia es volverse *uno* mismo la encarnación de la ley, la expresión andante de su violencia? ¿La única emancipación posible contra la violencia es repetirla contra *uno* mismo, llevarla inscripta en un papelito que certifica que *uno* está de acuerdo con la marcha del mundo y con el lugar que le toca a *uno* en esa marcha?

¿Y cómo es que a un régimen tan individualista como la identidad es necesario adosarle, para que funcione, una descripción normativa que será cualquier cosa, excepto la de *uno*? ¿Puede haber algo menos individual e individualizante que un diagnóstico? ¿O es que para estar a salvo es entonces preciso dar cuenta primero de la especie y, recién ahí, y con suerte, *uno* será reconocido y respetado como *uno*? Y, al mismo tiempo, y en estos casos, ¿puede haber salida más solitaria que la de un diagnóstico? ¿Cómo hemos llegado al punto en el que la gente buena ofrece diagnósticos con las mejores intenciones?

"Pero resolvería algunas cosas", dijo él —con esa inexplicable confianza de la gente en la capacidad de transformación que tiene la firma y el sello de un juez. Le expliqué que mi cuerpo y mi documento estarían en cortocircuito *cualquiera* fuera este último —parezco demasiado un hombre como para andar con mi documento actual sin problemas, y lo parezco demasiado poco como para que uno de hombre me sirva. Y es así, y no tiene vuelta (¡¿O es que también debería cambiar el cuerpo para tener menos problemas?!).

Ojo, no es que no sepa o que no me de cuenta: para casi toda la gente la relación perfecta entre el cuerpo y la identificación legal es cuestión de vida o muerte. Lo es también para quienes no vivimos en el contexto de esa relación —y más bien nos morimos. La violencia cotidiana que implica esa "falta de correspondencia" no justifica, sin embargo, considerar a la alineación entre ambos *la* respuesta, cuando no la *única* respuesta, a esa violencia. Lo será para todos aquellos que se reconozcan en esa posibilidad, que la reconozcan como propia. Pero ¿y qué hay de todos los que no estamos interesados en esa solución, ni en pagar el precio que se cobra para alcanzarla? ¿Nos merecemos lo que nos toca por empecinarnos en no reducir la "discordancia" del (al menos) *dos* a la "concordancia" del *uno*? ¡Ni en joda, m'hijito, ni en joda!



Geraldine elige un sexy look con microfalda de denim prelavado y strapless de modal en tono fucsia escándalo



Paloma ecológica aguerrida en su campaña de defensa contra la tala indiscriminada de árboles luce una vincha vintage 60 en color verde estampada y pequeña cartera de peluche fucsia y azul



Jessica con remerón de modal largo de estridente estampado con pequeños círculos y calza capri negra de lycra

Danza de tacos y veredas



Alaska elige una remera escote v pronunciado con recorte en el busto color natural y minifalda de denim celeste



Fotos: Moisés Torne
(www.moitorne.com)
Producción: Naty Menstrual



Karen sensual y sencilla con una minifalda de denim prelavado y remera de cuello buche sin mangas